

**EL SERMÓN DEL MAESTRO VICENTE FERRER  
PRONUNCIADO EN TOULOUSE EL VIERNES SANTO (21  
DE ABRIL DE 1416)**

Juan MENGUAL MOLL, O.P.  
*Convento de Predicadores de Valencia*  
Alfonso ESPONERA CERDÁN, O.P.  
*Facultad de Teología de Valencia*

RESUMEN: El día 21 de abril de 1416, Viernes Santo, el Maestro Vicente Ferrer predicó en Toulouse un amplísimo y hermoso “Sermón de la Pasión”, que es una presentación glosada del relato de la Pasión según San Juan desde la Cena hasta el entierro del cuerpo de Jesús. Después de unas breves anotaciones técnicas sobre los manuscritos que nos lo transmiten en la “lengua vulgar” de aquella zona y sobre su estructura y contenidos teológicos, se brinda su traducción castellana entera divulgativa y no técnica. Ella posibilita conocer de una forma muy completa la predicación y el modo de transmitir el mensaje evangélico del Santo.

ABSTRACT: On April 21, 1416, Holy Friday, Master Vincent Ferrer preached at Toulouse a vast and beautiful “Sermon on the Passion”, which is an annotated presentation of the story of the Passion according to John from the Last Supper until the burial of Jesus. After brief technical notes on manuscripts conveyed in the “vulgar tongue” of that area and on its theological content and structure, its whole informative, non-technical Spanish translation is provided. It makes possible to know in a very complete way the preaching of the Saint and how he conveys the message of the Holy Gospel.

Según Bernardo de Rosergio -entonces de 53 años de edad y Arzobispo de Toulouse- declaró el 15 de abril de 1453 en el Proceso de Canonización de San Vicente Ferrer, asistió, cuando tenía 16 años, a las predicaciones del Maestro en Toulouse en 1416 y que el día de Viernes Santo su sermón duró seis horas seguidas. Y, según la estimación común, en las distintas partes de la plaza llegaron a estar más diez mil personas. Añadiendo más adelante que muchos -reconocidos teólogos y juristas de ambos Derechos- transcribían sus sermones palabra por palabra; y escribieron íntegramente sus sermones llenos de gran ciencia, con abundantes *auctoritates* de la Sagrada Escritura, de doctrina cristiana clara, fructuosa y saludable, sabrosa y brillante, que movía maravillosamente los corazones y conciencias de los oyentes, de cualquier edad y de cualquier estado (eclesiástico o secular). Y dichas *reportationes*, o colecciones, de sermones del Maestro Vicente fueron después copiadas, o escritas, por muchos técnicos y llevadas a diversas partes del mundo. Y muchos predicadores usaron en sus predicaciones estos sermones ortodoxos y excelentes, y los utilizan todavía en la actualidad.<sup>1</sup>

Por su parte, Juan de Saxis, caballero y Doctor en Leyes, Señor del lugar de Paulhac, oriundo y habitante de la ciudad de Toulouse, de 50 años de edad, el 5 de junio de 1454, declaró que aquel Viernes Santo dicho sermón lo realizó en presencia del Arzobispo de Toulouse Domingo de Torre Alba y de otros muchos Prelados, Maestros en Sagrada Página, Doctores y Licenciados en ambos Derechos, y de muchos hombres y mujeres, en número

---

<sup>1</sup> Cf. *Processus Beatificationis et Canonizationis Santi Vincentii Ferrarii*, ff. 173v-174r (ms. 690 conservado en B.H.U.V., de Valencia); testifica lo mismo el carmelita Galliardus de Ruppe, f. 224v. Es de esperar que en breve se edite al menos una traducción castellana de este inédito manuscrito. En una de las tablas del *Retablo del San Vicente Ferrer* del dominicano Convento de Museros, de Miguel del Prado y conservado en el Museo de Bellas Artes de Valencia, el santo predica desde un púlpito en un templo ante varios oyentes, dos de los cuales sentados tienen materiales para escribir: uno los utiliza y el otro no. Riquer así explicaba lo que hacían estos copistas: “L’un anava escrivint mentre podia seguir el sant, i quan ja no podia retenir els seus mots i no tenia temps per a consignar-los, devia fer un senyal al altre (un cop de colze, o amb la punta del peu) i aquest devia reprendre la feina” (M. DE RIQUER, *Historia de la literatura catalana* Vol. II. Esplugues de Llobregat, 1964, 219).

de diez mil personas. Y que predicó sobre la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, muy devota y emocionadamente, sobre el modo injusto y cruel con que los judíos lo apresaron -como si visiblemente estuviera allí mismo presente el día en que se crucificó al mismo Jesucristo-, dando razones espirituales y morales de suerte que, movidos de compasión, ninguno de los oyentes podía contener los lloros y suspiros procedentes del interior del corazón, según él mismo creía y a muchos de los entonces allí presentes después les había oído decir. El sermón duró por espacio de cerca de seis horas, sin que nadie estuviera afectado por el aburrimiento. También testificó que en ese día muchos forasteros y extranjeros de diversas naciones, patrias y lenguas varias, habían coincidido allí para escuchar y ver al famoso Maestro Vicente. Y si bien hablaba en vulgar catalán o valenciano, sin embargo los forasteros y extranjeros captaban y entendían sus santas palabras, y las traducían a su idioma, como si fueran compatriotas y de la misma lengua.<sup>2</sup>

El Maestro Vicente Ferrer,<sup>3</sup> pasando de Carcassonne y Castelnaudary, montando en su asnillo y a la cabeza de su habitual Compañía, había entrado procesionalmente en Toulouse por la Puerta del castillo de Narbona en torno a las cuatro o cinco de la tarde del Viernes de Pasión, 14 de abril de aquel 1416, permaneciendo en esta ciudad hasta el posterior 4 de mayo, en que se dirigió hacia Albi, Rodez, etc. El Viernes Santo, día del sermón en cuestión, fue el día 21.

---

<sup>2</sup> Cf. *Processus*, ff. 219r-v; testificó también que como se habían juntado muchas personas para oír dicho sermón hasta una distancia como un tiro de ballesta, los que estaban más lejos lo oyeron y percibieron el sermón tan bien como los más cercanos. Cf. sobre el controvertido tema de la lengua y don de lenguas en la predicación del Maestro, cf. A. FERRANDO FRANCÉS, “Vicent Ferrer (1350-1419), predicador políglota de l’Europa occidental”, en *Paradigmes de la Història, I. Actes del Congrés “Sant Vicent Ferrer i el seu temps” (Valencia, 13-16 maig 1996)*, Valencia 1997, 71-95; reproducido en su *Sant Vicent Ferrer en la historiografia, la literatura, l’hagiografia y l’espiritualitat al segle XV*, Valencia 2013, 19-46.

<sup>3</sup> Cf. las testificaciones en el citado *Processus* de Bernardo de Rosergio y Pedro Gauterri.

Según la declaración de Juan de Saxis, el sermón en cuestión lo predicó en “vulgari catalanico sive valentino”, pero ello no quiere decir que en dicha lengua está recogido en el manuscrito que ha llegado hasta nosotros. Según Brunel está “en langue du midi de la France”, reflejando más bien una mezcla de “la tradition devenue incertaine de la langue littéraire de Toulouse, des formes d'un parler maternel pyrénéen et d'autres influencées per la langue française déjà répandue avec prestige autour de lui”.<sup>4</sup> Cátedra considera que fue posteriormente redactado en gascón,<sup>5</sup> Perarnau lo denomina “sermón occitano”<sup>6</sup> y para Riquer está en languedociano, lengua que por otra parte el Maestro conocía por haber en su juventud estudiado en dicha ciudad y haber predicado por la región en varias ocasiones. “Nada más natural que los tolosanos, queriendo conservar recuerdo permanente del memorable sermón [...], al ordenar las notas tomadas estenográficamente lo tradujeran al languedociano”.<sup>7</sup> Así pues, dejando la cuestión no ya de en qué lengua lo pronunció, sino también en la que ha llegado hasta nosotros por no ser en estos momentos de interés, los estudiosos indican que es una versión “tratada” o sea redactada a partir de *reportationes*, que no eran taquigráficas, sino abreviadas.

El sermón según la tradición tuvo como *thema* Juan 18,14: “expedit unum hominem mori pro populo” (conviene que un solo hombre muera por el pueblo) y ha llegado hasta nosotros en la-

---

<sup>4</sup> C. BRUNEL, “Le sermon en langue vulgaire prononcé a Toulouse par Saint Vincent Ferrer le Vendredi Saint 1416”, en *Bibliothèque d'École des Chartes* CXI (1954) 7.14.

<sup>5</sup> Cf. P.M. CÁTEDRA, “La predicación castellana de San Vicente Ferrer”, en *Boletín de la Real Academia de las Buenas Letras de Barcelona* 39 (1983-1984) 286.

<sup>6</sup> Cf. J. PERARNAU I ESPELT, “Cent anys d'estudis dedicats als sermons de Sant Vicent Ferrer”, en *Arxiu de Textos Catalans Antics* 18 (1999) 15 n. 11.

<sup>7</sup> Cf. M. DE RIQUER, “Fecha y localización de algunos sermones de San Vicente Ferrer”, en *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* 30 (1963-64) 168; también señala que “he hecho la prueba recitando en voz alta el sermón, a ritmo académico, y me ha dado tres horas y cuarto” (n. 28).

tín<sup>8</sup> en una breve *schedulae* en el Sermonario de Perugia;<sup>9</sup> y en una versión bastante amplia en el manuscrito conservado en la valenciana Ayora.<sup>10</sup> También está la versión más extensa en “lengua vulgar”.<sup>11</sup> Antes de pasar a brindar la traducción de esta última, que se juzga de interés difundir para dar a conocer de una forma muy completa la predicación y el modo de transmitir el mensaje evangélico del Santo, a continuación vamos a hacer unas pequeñas anotaciones técnicas a los manuscritos que nos lo transmiten y a su contenido teológico.

En primer lugar hay que señalar que si bien las tres tradiciones indicadas tienen el mismo *thema*, no quiere decir que necesariamente se refieren al sermón pronunciado en la ciudad francesa ni en 1416,<sup>12</sup> pues no debe olvidarse que el orador iba incorporando contenidos según trascurrían los años y además han llegado otros sermones suyos de Viernes Santo, que si bien

---

<sup>8</sup> Tema recogido en J. PERARNAU I ESPELT, “Aportació a un inventari de sermons de sant Vicenç Ferrer: temes bíblics, títols i divisions esquemàtiques”, en *Arxiu de Textos Catalans Antics* 18/323 (1999) 594-595.

<sup>9</sup> Cf. *Sermonario de Perugia (Convento dei Domenicani, ms. 477)* (F.M. GIMENO BLAY – M<sup>a</sup> L. MANDINGORRA LLAVATA (eds.) – D. GOZALBO GIMENO – R. SÁNCHEZ ROMERO (trad. Castellana), Valencia 2006, n<sup>o</sup> 466, 605), que a su vez remite al n<sup>o</sup> 141, 219-220 del Viernes de Pascua, que curiosamente también tiene las mismas seis partes.

<sup>10</sup> Cf. *San Vicente Ferrer: Colección de sermones de Cuaresma y otros según el manuscrito de Ayora* (A. ROBLES SIERRA (ed.), Valencia 1995, 342-359); lo había dado a conocer en: “Cuatro sermones inéditos de San Vicente Ferrer”, en *Escritos del Vedat* XXIV (1994) 340-358. Este texto latino más sintético, en ocasiones es más claro que la versión que se traduce y por ello en algunos pasajes lo hemos seguido.

<sup>11</sup> Cf. C. BRUNEL, “Le sermon “, 14-52; transcrito también en: Vicent Ferrer, *Tractat de la Vida Espiritual. Sermons* (A. ROBLES SIERRA (ed.), Barcelona 1998, 123-163); Vicent Ferrer, *Sermons* (J.V. ESCARTÍ (ed.), Valencia 2013, 299-343).

<sup>12</sup> En el manuscrito que recoge la Cuaresma que predicó en Valencia en 1413, el *reportador* dice expresivamente: “die Veneris Sancta [21 de abril] non valui scribere sermonem propter fletum” (*Quaresma de Sant Vicent Ferrer predicada a València l'any 1413*. J. SANCHIS SIVERA (ed.), Barcelona 1927, 296).

algunos no parten del mismo *thema*, desarrollan contenidos muy similares.<sup>13</sup>

Por otra parte, no debe identificarse el Viernes de Pasión - según la reforma litúrgica actual sería el viernes de la quinta semana de Cuaresma- cuyas lecturas bíblicas eran Jeremías 17, 13-18 y Juan 11, 47-54,<sup>14</sup> con el día de Viernes Santo en que se leía la Pasión según la versión de Juan 18,1-19,42.

El señalado volumen manuscrito de Perugia que contiene la *schedulae*, si bien se comenzó probablemente a constituir en 1407 y en 1479 el Maestro de la Orden de los dominicos, Leonardo de Mansuetis, regaló el volumen al convento de su ciudad natal. El Sermonario conservado en Ayora contiene los itinerarios apostólicos del Maestro Vicente Ferrer en los años 1411 al 1414. Finalmente, el predicado en Toulouse el Viernes Santo, se conserva en la Bodleian Library de Oxford, Douce 162 ff. 3a-24d.<sup>15</sup>

En cuanto a su estructura y contenidos teológicos, tiene el esquema tradicional de los sermones vicentinos, si bien es más un tratado en forma de sermón: 1) enunciado del *thema*, en este caso tomado del Evangelio según San Juan, proclamado en la celebración litúrgica del Viernes Santo; 2) no hace la habitual invocación mariana, según indica ya que “como la Virgen María gloriosa está en el día de hoy con un gran dolor y tristeza y tor-

---

<sup>13</sup> Así por ejemplo el pronunciado en Murcia (10 de abril de 1411) sobre el *thema*: “secundum legem debet mori” (Jn 19,7) (recogido en J. PERARNAU I ESPELT, “Aportació”, nº 768, 756) y otro que se basa en el *thema*: “nos legen habemus et secundum legem debet mori” (Jn 19,7) (recogido en J. PERARNAU I ESPELT, “Aportació”, nº 584, 689; transcrito en la *Opera Omnia* I-2ª. Valencia 1693, 755-776); cf. C. BRUNEL, “Le sermon”, 11-12.

<sup>14</sup> Ha llegado hasta nosotros un hermoso y algo similar sermón predicado tal día, cuyo *thema* es Jn 11,50 (recogido en J. PERARNAU I ESPELT, “Aportació”, nº 324, 595); transcrito en *Sermón del Viernes de la Cruz por San Vicente Ferrer, op.* (M. CANAL (ed.), Salamanca 1927, 11-88), que está en un manuscrito existente en la Biblioteca Nacional de Madrid, pero no lo pudo predicar en Salamanca el Viernes de la Cruz de 1411, pues estuvo en dicha ciudad a fines de enero y principios de febrero del año siguiente.

<sup>15</sup> Para una descripción del manuscrito, cf. C. BRUNEL, “Le sermon”, 12-14.

mento pensando en el dolor de su bendito hijo, por eso no vamos a comenzar con la graciosa salutación acostumbrada”; siendo ya estas palabras expresión del tono que va a predominar en el sermón; 3) enunciación de sus seis partes, en su habitual métrica rimada como fácil recurso nemotécnico para los oyentes; 4) desarrollo de cada una de dichas partes, si bien las últimas son más cortas que las demás, quizá por el cansancio del propio Maestro - tenía ya 66 trabajados años- o del *reportador*.<sup>16</sup>

Por otra parte, seguirá el mismo esquema en cada una de las seis partes: enunciado-desarrollo-conclusión justificativa desde él de su postulado teológico fundamental. Pero antes de pasar a cada una de ellas, trata una cuestión previa.

Esta cuestión responde a que, entre otros, los teólogos franciscanos y dominicos se preguntaban si la Pasión y Muerte de Jesucristo fueron necesarias para la Redención y Salvación de todo el pueblo; y si no había otro remedio para que fuese redimido y salvado, o había otros remedios o maneras. Y la respuesta era según el valenciano que la Pasión no era indispensable para redimir al género humano, pero sí necesaria, a fin de dar plena satisfacción a la Justicia divina y de confirmar las profecías.<sup>17</sup>

Este comienzo parecería ser que posteriormente fue muy utilizado, pues fue un hallazgo que después hizo furor.<sup>18</sup> Tras esta cuestión, sigue el relato de la Pasión desde la Cena hasta el entierro del cuerpo de Jesús.

---

<sup>16</sup> Cf. C. BRUNEL, “Le sermon”, 10.

<sup>17</sup> Sigue a su Maestro Tomás de Aquino, quien en la primera cuestión de la Tercera Parte de su *Suma Teológica* se plantea y resuelve este tema. Cf. A. ESPONERA CERDÁN, “Santo Tomás de Aquino según San Vicente Ferrer”, publicado en J. Pascual torró – J. Sancho Andreu (eds.), *In spiritu et veritate. Homenaje al Profesor D. Adolfo Barrachina*, Valencia 2006, 667-699.

<sup>18</sup> Cf. E. ROY, “Le mystère de la Passion en France, du XIV<sup>e</sup> au XVI<sup>e</sup> (étude sur les sources et le classement des mystères de la Passion)”, en *Revue Bourguignonne de l'Enseignement Supérieur* XIV (1904) 433-438.

El mencionado postulado teológico fundamental es la conveniencia y necesidad de la Pasión, pues así como Adán y Eva, su esposa,... por eso Nuestro Señor Dios Jesucristo quiso... Y es que a las seis circunstancias, o condiciones, de la caída de Adán se contraponen otras tales de la Pasión de Cristo; y al hilo de ellas el Maestro irá narrándola en orden cronológico, pero siempre para afirmar la necesidad de la Redención de esa forma.

Además el pensamiento es eminentemente cristológico, eclesiológico y ortodoxo, denominándolo habitualmente “Nuestro Señor y Salvador Jesús Cristo”. Pero llama la atención el lugar que concede a la Virgen María, si bien es menor que en el ya indicado del Viernes de Pasión, en el que por ejemplo hay un amplio diálogo entre ella y Dios Padre a propósito de la necesidad de la muerte de Jesucristo para la Redención. En este, podrá observarse que María es presentada como una madre orgullosa y fiel a su hijo, predicador de renombre; que tiene sirvientes y celebra todos los viernes, pues fue un viernes cuando tuvo lugar la Anunciación; ella invita a comer y se preocupa del lugar de los invitados; sabe coser y lee la Biblia; recibe cartas de su sobrino San Juan; toma parte al comienzo de la Última Cena; no se abandona a signos desordenados de dolor; y en el último suspiro de su hijo, antes de lamentarse, se pone ropa de luto. Pero también es de reseñar la insistencia en su llanto, o llanto con gemidos y sollozos por la Pasión de dicho hijo, así como que tiene palabras y actitudes de mujer y madre muy normal que quizá a alguien pueden extrañar.

Muchas escenas a lo largo del sermón son descritas con palabras muy vivas y llenas de sentimientos para la persona más querida por Jesús: la Virgen María, su madre. Parece que es intención del predicador el relacionar los sufrimientos y padecimientos del hijo con el dolor y los sufrimientos de la madre.

El desarrollo es a base de narraciones y explicaciones de símbolos. Las escenas están trazadas según los Evangelios canónicos –especialmente el texto evangélico joánico proclamado– pero

también se sirve del Evangelio de Nicodemo y de otros autores,<sup>19</sup> y sobre todo según la imaginación del predicador, desplegada con gran libertad, pero mostrando que es hijo de su época.

Desconocemos si se utilizaron, o el mismo Maestro utilizó, elementos teatrales y parateatrales. Brunel señala: “nous sommes en présence d’une sorte de monologue dramatique duquel on pourrait tirer des dialogues comme ceaux du théâtre et des figurations comme des œuvres d’art du temps”.<sup>20</sup> Al comienzo del mismo sermón el Maestro dice: “La bendita, santa y sagrada Pasión de Nuestro Señor y Salvador Jesús Cristo de diferentes y diversas maneras es representada (*differenment en diversas manieyras es representada*) en el día de hoy en la Iglesia, así como los otros días esta santa Pasión se representaba (*se representava*)<sup>21</sup> como en tiempos pasados”. Pero de ello sólo se debe deducir que se leía con cierta solemnidad –se recitaba– quizá entre varios lectores, cada uno con algunos personajes.

Tiene elementos comunes a toda la retórica vicentina, siendo grande su dramaticidad y plasticidad. No tiene la frialdad de otras piezas suyas, pero sí su rigor y sistematización expositivas. Tiene concesiones bajomedievales a lo concreto y a lo sensible.<sup>22</sup> Pero por ello no hay que vincularlo necesariamente a las poste-

---

<sup>19</sup> “Etsi ab evangelistis hec non dicuntur, quia tamen non sunt contraria Evangelio et devoti Doctores et Sancti ista scribunt hoc modo facta, ideo pie credenda sunt quis verisimile est quod ita res fuerint geste (S. Vicente Ferrer, Sermón del Viernes Santo, sermo LXIX ed. Augsburg 1729, 219)”, citado por C. BRUNEL, “Le sermon”, 10 n. 3.

<sup>20</sup> C. BRUNEL, “Le sermon”, 10. Figuraciones, en el sentido de conjunto de personajes de una escena.

<sup>21</sup> En el título del manuscrito dice “recitatum est statim” y el manuscrito de Ayora trae: “multum differenter recitatur et representatur... recitatur” (*San Vicente*, 342-343).

<sup>22</sup> Lo “sermones de la Pasión” fueron casi un género de la oratoria sagrada de aquellos siglos. Un sugerente análisis de uno de ellos brinda M.A. SÁNCHEZ SÁNCHEZ, *Un serminario castellano medieval. El Ms. 1854 de la Biblioteca Universitaria de Salamanca*, Vol. 1, Salamanca 1999, 176-185.

riores *Devotio Moderna* o a las *Vitae Christi* que tendrán en común este modo de acercarse a Jesucristo.<sup>23</sup>

Por otra parte, hace abundantes invitaciones a la meditación y a la contemplación, animando a los oyentes (-lectores) a revivir los dolores de la Pasión. También hace abundantes invitaciones a la conversión y al arrepentimiento para lograr la conversión del pecador al ver la descripción de los dolores y sufrimientos de Jesús y de su madre.

Asimismo responsabiliza de todo, señalándolo muy expresamente, no sólo a las autoridades judías sino también al pueblo, eximiendo en parte a los romanos. Esta era la visión habitual en la época.<sup>24</sup>

#### TRADUCCIÓN CASTELLANA <sup>25</sup>

Sermón del Viernes Santo, de la Pasión de Nuestro Señor y Salvador Jesús Cristo.<sup>26</sup>

*Thema: Expediit unum hominem mori pro populo* [es mejor que un solo hombre muera por el pueblo]. Esta palabra está originalmente en Juan capítulo 18 [14] y acaba de ser proclamada en la Pasión del Señor.

---

<sup>23</sup> Cf. A.G. HAUF, *D'Eiximenis a Sor Isabel de Villena. Aportació a l'estudi de la nostra cultura medieval* (Barcelona 1990, 32-33).

<sup>24</sup> Cf. A. ESPONERA CERDÁN, “El dominico San Vicente Ferrer y los judíos”, en *Escritos del Vedat XXXVIII* (2008) 223-264.

<sup>25</sup> Esta traducción tiene un carácter divulgativo y no técnico, pero se ha procurado mantener las características de un texto antiguo.

<sup>26</sup> En el título el manuscrito señala que “este es el sermón que hizo el Reverendo Maestro Vicente en la ciudad de Tolosa, Francia, el día del Viernes Santo de 1416, donde es referida toda la substancia de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo”.

La bendita, santa y sagrada Pasión de Nuestro Señor y Salvador Jesús Cristo de diferentes y diversas maneras es representada en el día de hoy en la Iglesia, así como los otros días esta santa Pasión se representaba como en tiempos pasados y por eso se dice *in illo tempore* [en aquel tiempo], pues en aquel tiempo era como pasado; sin embargo el día de hoy por todo el mundo en la santa Iglesia se recita como si fuera en el presente. Y esto para que todos los cristianos tengamos compasión y dolor a Nuestro Señor Jesús Cristo, porque las cosas sufridas en el pasado mueven poco el corazón del hombre para que tenga compasión y dolor, aunque si hoy las reconoce, dirá: “¡bien me he desviado!”, y llorará un poco; pero las cosas presentes mueven más el corazón del hombre a tener compasión y dolor, y por eso la Iglesia no empieza hoy como una cosa pasada, *in illo tempore*, sino hoy: *egressus est* etc. [salió por... Jn 18,1]. Es como un acontecimiento presente y por eso dice que hoy sale Jesús Cristo con sus discípulos atravesando el torrente Cedrón. Y así tendremos todos alguna compasión y dolor de Nuestro Señor y Salvador Jesús Cristo y de la bendita Virgen María, su madre.

El participar en esa tribulación se nos habla como de una cosa presente y por eso el hombre y la mujer que están en dolor y en tristeza no están muy dispuestos para que les hagamos una salutación graciosa. Y como la Virgen María gloriosa está en el día de hoy con un gran dolor y tristeza y tormento, pensando en el dolor de su bendito hijo, por eso no vamos a comenzar con la graciosa salutación acostumbrada.<sup>27</sup> Sin embargo, aceptando a la Santa Madre Iglesia en que no es razón para esta salutación introductoria, quiero conservar la costumbre pues este es tan gran sermón y materia tan alta y tan santa y por eso debemos volvernos con buen corazón al Crucificado y adorarlo devotamente, pensando que nosotros lo vemos crucificado e inclinando la cabeza decimos: *Adoramus te Christe et benedicimus tibi, quia per*

---

<sup>27</sup> El tradicional rezo de un *Ave María*. En un sermón del Viernes de Pascua, pero dedicado a la Pasión del Señor, dice (cf. *Opera Omnia* I-2<sup>a</sup>. Valencia 1693, 755) que va a hablar de Cristo como si lo estuviéramos viendo crucificado y del dolor de la Virgen María. Pero a quien se siente presa de dolor no se le saluda diciéndole *Ave*, ni se dicen palabras gozosas a quien está llena de tristeza, pues con ello se acrecentaría su dolor y nos diría: ¿cómo me saludáis con el *Ave* estando como estoy llena de angustia, de dolor, de amargura y de miseria?

*sanctam crucem tuam redimisti mundum* [Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque por tu santa cruz haz redimido al mundo].<sup>28</sup>

*Expedit unum hominem mori pro populo* [es mejor que un solo hombre muera por el pueblo], libro y capítulo según se dijo. La Sagrada Teología formula una cuestión: si la Pasión y muerte de Nuestro Señor Dios Jesús Cristo fueron necesarias para la redención y salvación de todo el pueblo; y si no había otro remedio para que fuese redimido y salvado, o había otros remedios o maneras de salvarnos. Y definiendo esto, los doctores de la Santa Madre Iglesia llegan en esta cuestión a dos conclusiones.

La primera es que muchos otros remedios innumerables tenía Nuestro Señor Dios para dar salvación a aquellos que le eran creyentes y obedientes; y la razón es esta: que si no hubiese otra manera de darnos la salvación, se restringiría su gran poder infinito. Y por eso se dice: *Ecce non est abbreviata manus Domini ut salvare nequeat* [no es demasiado corta la mano del Señor para negar salvar, Is 59,1]. Buena gente, ved y sabedlo ciertamente y sin duda, que la mano de Nuestro Señor no es tan corta ni estrecha que no pueda salvar a aquellos que le son creyentes y obedientes fuera de esta manera, pues se extinguiría su poder, ya que había multitud de maneras innumerables para salvar a los que le son creyentes y obedientes si él quisiera. Por eso dice la noche de su Pasión: *Abba Pater, omnia possibilia sunt tibi. Transfer calicem hunc a me, sed non quod ego volo, sed quo tu vis* [Padre mío, para ti todo es posible. Líbrame de este cáliz, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú, Mc 14, 36]. *Abba* quiere decir en lenguaje siríaco “Padre” y “Dios Padre”. Entonces ved este misterio:<sup>29</sup> lo dice dos veces para dar entender que él es

---

<sup>28</sup> Oración que se recita todavía en la adoración de la Cruz el Viernes Santo y que figuraba en el oficio de la fiesta de la invención de la Santa Cruz (3 de mayo) y en la de la Exaltación de la Santa Cruz (14 de septiembre).

<sup>29</sup> Misterio como sinónimo de algo escondido que hay que desentrañar. El manuscrito de Ayora sólo trae: ¿por qué lo dice dos veces?: dando a entender que es Padre de Jesucristo por eterna generación y Padre de todas las criaturas por generación temporal. Por tanto si este cáliz puede pasar, etc. sin embargo mi deliberada voluntad es hacer tu voluntad (cf. Mt 26,39).

Padre en cuanto que es el creador por eterna generación. “Todas la maneras -así dice él al Padre- son para vos posibles para dar salvación a los creyentes y obedientes, y es con mi Pasión que lo puedes hacer. Y tú velas, Padre mío y Gloria mía, de la humanidad por la natural voluntad. Bien valdría, Señor, que de otra manera quisieras ordenar a los creyentes hacia vos, pero la voluntad tuya es que así, deliberada y ordenada, se haga: que por mi Pasión se haga esta redención”.

Y por eso <sup>30</sup>, ved asimismo la única manera como remedio, pues puede pensarse que lo podía hacer si él quisiera de otra manera, sin embargo no era de ninguna otra manera la que conviene y se requiere para dar salvación a nosotros. Ved entonces que quiere sufrir muerte y Pasión por su infinita misericordia para redimirnos a nosotros sus creyentes y obedientes. Y por eso quiere llevar la carga, que no tenía necesidad de hacerlo ya que era justo e inocente y sin pecado, pero por nosotros que somos pecadores y éramos insuficientes para llevar dicha carga, por eso la quiere llevar él por todos nosotros. Ved asimismo la justicia que paga el infinito e incomparable precio para todos los creyentes y obedientes, porque era suficiente una gota de su santa sangre preciosa o un dolor por pequeño que fuese, pues si fuesen pesados en la balanza de la justicia de Dios, considerad la excelencia de parte de Jesús Cristo y su caridad para redimirnos, pues pesarían más que todos los pecados que hay, que habrá y que podrían hacerse o que los diablos y cuantos pecadores son. Ved el precio, que vale más que el precio de la ofensa hecha a Dios por nuestros pecados. Que si de otra manera hubiesen sido perdonados, no se mostraría tan bien la justicia como se muestra por esta que Jesús Cristo, Dios y hombre, sostiene por los pecadores; y no solamente por dignidad pues ha conseguido meritoriamente la resurrección de muerte a la vida e inmortalidad y

---

<sup>30</sup> Aquí comienza la anunciada segunda conclusión. La *schedula* del manuscrito de Perugia la trae así: la segunda es que el modo de redención a través de la Pasión y muerte de Cristo fue más útil y conveniente tanto para Cristo como para nosotros. Para él, porque muestra de este modo su infinita misericordia y justicia en nuestra redención y también el excelentísimo mérito de su gloriosa exaltación, Lc 24,26: '¿Por ventura no era preciso que el Cristo padeciese esto?', etc. Para nosotros, porque mediante el modo referido no sólo obtenemos redención copiosa sino también instrucción ejemplar contra todos los pecados, Jn 11,50.

gloria y poder judicial sobre todas las criaturas en el día del juicio por la Pasión y muerte dolorosa. Y por eso dice: “*Nonne sic oportuit pati Christum et ita intrare in gloriam suam* [¿por ventura no era preciso que el Cristo padeciese esto y así entrase en su gloria?] (Lc 24, 26). Ciertamente convenía que Jesús Cristo sufriera muerte y Pasión y tormentos para que entrara en su gloria y resurrección e inmortalidad y potestad judicial, y garantizar los méritos por los cuales está en la gloria y la resurrección. Y ved vosotros que no solamente por la santa y sagrada Pasión y muerte de Jesús Cristo tenemos redención de nuestros pecados, sino que más aún, nos instruye a todos con las buenas virtudes, pues Nuestro Señor es ejemplo para nosotros: como hombre es humilde y misericordioso y como Dios es puro, templado y caritativo y pacífico, diligente y virtuoso, así como de todas las virtudes nos da ejemplo. Por eso dice el Espíritu Santo por la boca de Caifás: “*Expedit unum hominem mori pro populo, ne tanta gens pereat*”: conviene y es necesario que muera el hombre Jesús por todo el pueblo, para que tanta gente no perezca [Jn 11,50].

Pues para librar al pueblo del pecado no basta ni es suficiente alguien, sino Jesús Cristo. Por eso es bueno saber hoy que conviene que Jesús Cristo muera y tenga Pasión dolorosa para que el pueblo cristiano no perezca. Y no solamente tanto en cuanto a la redención, sino en cuanto instruirnos a la virtud y a la salvación. Y para eso Jesús Cristo es suficiente y abundante para dar salvación a sus creyentes y obedientes e instruirlos en la virtud, para que no mueran por el pecado. Por eso ved que esta es la oportunidad y conveniencia de la Pasión y muerte de Jesús Cristo. Y por eso dice el *thema*: “*Expedit unum hominem mori pro populo*” [es mejor que un solo hombre muera por el pueblo, Jn 18,14]. Conviene y es oportuna la causa de que Jesús Cristo muera para dar la salvación e instrucción de virtud y reforma de vida buena para todo el pueblo. Ved pues que las circunstancias y causas que se dieron en la Pasión de Jesús Cristo no fueron superfluas ni desordenadas, porque todas las causas que ocurrieron fueron necesarias para nosotros y ordenadas por Dios. Por eso no fue superflua ninguna circunstancia ni causa en la Pasión.

Por eso yo os quiero hacer notar seis causas, o seis puntos, en su santa Pasión, en las cuales comprenderéis toda la Pasión de Nuestro Señor y Salvador Jesús Cristo; y estos seis puntos responden a las seis causas que produjeron la destrucción del mundo cuando Adán pecó porque dañó el mundo y por eso no son causas superfluas.

- La primera causa de estas seis es la *refectio corporal*.
- El segundo punto es el *liam e cami personal* <sup>31</sup>.
- El tercero es la *dampnacio humanal*.
- El cuarto es la *compacio social*.
- El quinto es la *mort corporal*.
- Y el sexto la *sepultura terrenal*.

Y estos seis puntos comprenden toda la Pasión de Jesús Cristo y veréis cómo responden a seis causas que produjeron la destrucción del mundo. Y por eso dice el tema: “*Expedit unum hominem etc.*”: causa conveniente es que un solo hombre muera por todo el pueblo.

### 1.- La *refectio corporal*

Digo primeramente que en esta santa y sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesús Cristo, antes de morir quiso tomar una comida con la Iglesia cristiana que estaba representada en sus discípulos. El mal se inició por la *refectio corporal* dado que Adán y Eva, su compañera, comieron aquella manzana. ¡Mala cena fue aquella, pues de ahí vino todo el mal del mundo!. Y por eso Jesús Cristo antes de morir quiso tomar una comida con sus discípulos,

---

<sup>31</sup> En el desarrollo de este punto se verá que habla de la *ligacio o ligamen personal*, de la ligación o atadura de su persona.

en quienes estaba toda la Iglesia cristiana, pues de sus discípulos habían de venir todos los bienes. Y por eso Jesús Cristo estando sentado a la mesa con su esposa la Iglesia cristiana, es a saber con sus discípulos, les dijo: *Desidero desideravi hoc Pasqua manducare vobiscum, antequam pariar* [¡ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer!: Lc, 22,15]. Jesús Cristo le habló a su esposa: “Gran deseo y gran afán he tenido de comer con vosotros esta comida corporal, porque primeramente fue la primera comida corporal de Adán con su esposa Eva, y de aquella comida viene todo el mal”. Por eso, ved asimismo vosotros esta conveniencia y urgencia.

Veremos ahora cómo fue esta comida que Jesús Cristo hizo el día de ayer cuando partió con los doce apóstoles de Betania. Era la hora de comer y los discípulos le dijeron: “Señor sabes bien que la Pascua se acerca y conviene que la víspera preparemos cómo hacer la cena y debemos ir a Jerusalén a la fiesta y debemos buscar un cordero para la cena. Por eso Señor, dinos en qué lugar, o en qué hostal <sup>32</sup>, quieres que preparemos la comida y tengamos la fiesta”.

Ahora escuchad la cuestión que podría ser maravillosa para vosotros, pues alguno podría decir: ¿Por qué los apóstoles le preguntaron a Nuestro Señor Jesús Cristo dónde debían de comer, pues el día de Pascua cada uno come con su compañía en su casa y no en otra parte?, ¿por qué decían pues los apóstoles de Jesús Cristo dónde habían de tener la Pascua y qué tenían que preparar para comer en casa extraña? Os digo que era necesario que preguntasen eso porque no tenía ninguna casa, era tan pobre que no tenía habitación ni ninguna mansión y por eso era necesario que le preguntaran, pues los apóstoles veían que no tenía ni habitación ni alguna casa propia en este mundo.

Entonces Jesús Cristo dijo a dos, que fueron San Pedro y San Andrés: “Id a Jerusalén y encontraréis a un hombre devoto,

---

<sup>32</sup> El *Diccionario de Autoridades* de 1734 señala que “hostal” es lo mismo que “hostería” y que hoy tiene poco uso, a no ser en Cataluña; indicando para “hostería”: casa donde se da alojamiento y de comer a los pasajeros y forasteros por su dinero.

que me ama mucho en su corazón y que cree en mi y en mi doctrina, y lo saludáis de mi parte y le decís que si le place, yo quisiera hacer la cena y tener la Pascua en su hostel". Los discípulos fueron de su parte. Y cuando llegaron al hostel de aquel hombre notable, le saludaron de parte de Jesús Cristo y le dijeron: "Nuestro Maestro Jesús Cristo nos envía a vos y como sabéis, él no tiene ningún lugar donde pueda tener la Pascua y la Pascua se aproxima, y por eso te rogamos de su parte si quieres prestarle alguna cámara o algún sitio donde poder preparar la comida". Y aquel hombre notable, que era muy devoto y santo y discípulo secretamente de Jesús Cristo, les contestó muy cortésmente y les dijo: "¿Es que sois discípulos de ese santo hombre Jesús? Buen día y buena ventura tengo, pues venís con bendición de tal hombre. Yo no soy digno de que entre en mi hostel. Decidle ¡que le recibirá! Que a cualquier hora que quiera venir mi casa estará abierta y toda mi familia estará preparada para servirle y cumplir sus encargos. Ahora conozco que Dios me quiere bien ya que se complace en venir a mi hostel. Por amor a él con toda diligencia ordenaremos y prepararemos todo lo que sea necesario a él y a vosotros, y yo me iré a otro hostel, y le brindaremos el cordero y el pan y el vino y todo lo que le haga falta. Y tenéis que saber que Dios me ama mucho, pues jamás he recibido tanta gracia. Pero os pido encarecidamente, dado que los judíos han hecho y tratan que sea preso y muerto, que vaya con vosotros en el camino, que no venga durante el día, a fin de que no lo vean ni lo prendan; sino que venga de noche y yo saldré afuera e iré a acompañarle". Y Jesús Cristo vino al hostel de aquel hombre notable donde tenía la cena preparada.

Entró Jesús Cristo con sus discípulos. Y en cuanto comenzó a entrar en aquel hostel todos fueron -el marido, su buena mujer y sus hijos- y se arrodillaron ante los pies de Jesús Cristo y le dijeron: "¡Oh Señor, cuánta gracia nos has hecho que os ha parecido bien tanta humildad, pues habéis querido venir a nuestra casa!. Y ¿de dónde viene esta gracia, pues jamás ni profeta, ni patriarca han recibido gracia como esta?, pues los patriarcas han muerto con el deseo de veros. Señor, nos has hecho la gracia no sólo de que os vea, sino queréis venir a comer a mi casa. ¡Oh Señor, bendito seáis por siempre!". Y así lo introdujeron dentro del hostel con sus discípulos y le enseñaron la mesa preparada y la cena.

Y Jesús Cristo se puso a la mesa con todos sus discípulos alrededor. Jesús Cristo antes de sentarse, bendijo la mesa como tenía costumbre, diciendo elevando los ojos al cielo: *Occuli omnium etc.*; y *Gloria Patri etc.* [todos los ojos miran expectantes a ti, y tú les das el alimento conveniente a su tiempo, Sal 145,15; y Gloria al Padre, etc. ] Y los discípulos respondieron: *Sicut erat in principio etc.* [como era en un principio etc]. Esta era siempre su manera de bendecir la mesa antes de comer. Y el buen hombre trajo el cordero y los discípulos lo cortaron antes y el marido y su buena mujer sirvieron la mesa muy humildemente y escanciaban el vino. Y cuando Jesús Cristo vio que servían tan bien, les rogó que se sentaran con ellos en la cena. “¡Oh, Señor! -dijo el hostele-ro- yo no podré agradecerte nunca bastante, pues me habéis hecho una gran gracia ya que os place que os sirva y nunca he recibido tanta gracia, pues los ángeles tendrían a bien el gran honor y la gran gracia de servirlos, con los cuales yo no soy comparable. ¿Por qué os ha parecido bien que os sirviera?”. Y Jesús Cristo estaba así con sus discípulos para cumplir lo conveniente con su Iglesia y con la fe cristiana, que estaba aquí toda en los discípulos.

Y si queremos saber si estaba aquí la Virgen María <sup>33</sup>, podemos decir que estando en su casa de Nazaret no había tenido desde hacía mucho tiempo noticias de su hijo, por eso aquellos días pasados lo había hecho buscar y no lo había podido encontrar, porque Jesús Cristo había huido de Jerusalén al desierto, cerca de un lugar que se llama Efrén, donde estaba con sus discípulos. Y la Virgen María no lo pudo encontrar y se decía: “¡Oh, linaje cautivo! ¿qué haré que no puedo hallar a mi hijo, ni me trasmite ninguna noticia? Yo que estaba bien cuidada de San Juan, mi sobrino, que me mandaba siempre noticias de mi hijo, ahora no me manda ninguna como solía, pues desde hace mucho tiempo no tengo ninguna carta ni ningunas noticias... ¿Qué es lo que pasa?”. Y en esa tristeza y melancolía estaba la Virgen María. Y como ella sabía bien que él debía subir a Jerusalén por la Pascua para predicar como era su costumbre, pensó que debía

---

<sup>33</sup> C.Brunel (“Le sermon”, 20 n.2) trae lo siguiente: “*Dicunt aliqui, scilicet devoti contemplativi, quia evangeliste non dicunt, quod ipsa fuerit in Cena*”: dicen algunos, esto es devotos contemplativos, que los evangelistas no dicen que ella misma estuviera en la Cena.

estar en Jerusalén. Ella preguntaba a los que venían de Jerusalén si habían visto a su hijo. Le decían que no, que no sabían dónde estaba. Y ella se decía: “¡Cómo puede ser esto, pues él solía siempre ir en Pascua a predicar y ahora que no haya ido!, ¿eso no puede ser así?”. Y después preguntaba a otros de Jerusalén si habían visto a su hijo y ellos le decían que no, sino que solo sabían que estaba dentro de una casa, pero ella de esto no estaba enterada. Y otros le decía que ellos no lo habían visto después del pasado domingo, en que todo el pueblo de Jerusalén lo recibió con gran honor y solemnidad, y con una gran procesión. Y se puso a llorar tanto que las lágrimas le caían de los ojos y que él había dicho: “Tú, Jerusalén, no sabes el mal que te va a venir, pues si lo supieras tu también llorarías” [Lc 19,41-42]. Y la Virgen María cuando oyó eso y que él lloraba, no sabiendo eso que sería, estaba muy admirada.

Así como estaba toda pensativa, fue a Jerusalén a la Pascua a lo de San Lázaro y Santa María Magdalena y Santa Marta; a todos los vio y a todos los reunió en una gran charla y a todos ellos preguntó si sabían dónde estaba su hijo, pues hacía tiempo que lo buscaba y preguntaba pues no lo había podido encontrar ni tener noticias de él. Y Santa María Magdalena le respondió: “Virgen bendita, sabed que ha venido y está en aquel hostel”. Y la Virgen María le dijo: “Vayamos a verlo” - “¡Oh bendita santa! ¿y si vamos allá y vemos que no está?” - “¡Oh bendita Magdalena! Vamos allí, pues con nosotros vendrán otros y San Lázaro nos acompañará”. Y Santa María Magdalena queriendo complacer a la Virgen María en todo lo que quería, le dijo que gustosamente iría. Y entonces se fueron a donde Jesús Cristo estaba con sus discípulos.

Cuando fueron al hostel donde estaba Jesús Cristo, la bendita Virgen tocó a la puerta y enseguida vino el hombre notable, el señor del hostel, y la Virgen María le dijo que si le hacía el favor de decir a su Hijo que ella estaba aquí con otras buenas y devotas mujeres. Y el buen hombre le respondió que iría gustosamente. Y se fue donde estaba Jesús Cristo con sus discípulos y le dijo: “Señor, aquí está vuestra bendita madre y pregunta si os place que entre”. Y Jesús Cristo dijo que le agradaba que entrase. Y la Virgen María fue donde estaba Jesús Cristo, se arrodilló ante los pies de su bendito hijo y le dijo así: “¡Oh mi bendito hijo!,

vos sois mi consolación y mi amor, y tan grande es el amor que os tengo, que no puedo estar sin veros. Y sabed, hijo mío bendito, que yo no puedo perder este amor. Os ruego, mi más querido hijo, que no queráis olvidarme y os ruego encarecidamente que yo sepa todas tus noticias y me quieras hacerme llegar todos los días mensajes y cartas de dónde estáis, pues así me daréis un gran consuelo”. Y Jesús Cristo respondió a esto: “Yo, madre mía, lo haré gustosamente. Y levantaros, madre mía, y no estéis así”. Y diciendo esto Jesús Cristo la abrazaba muy dulcemente y la consolaba. Y entonces la Virgen María le dijo a San Juan: “A ver si cumples lo que me habías prometido de que todos los días me enviarías -o por mensajeros o por carta- noticias de mi hijo y de los milagros que hacía, y no has cumplido nada!”. A lo que San Juan respondió: “¡Oh Virgen María bendita!, hazme el favor de perdonarme, pues no lo he hecho para mal, pues no he podido encontrar quién te llevara los mensajes, porque estaba en el desierto escondido. Pero mirad aquí a vuestro hijo glorioso y nuestro salvador Jesús Cristo”. Y Jesús Cristo le dijo a la Virgen María: “¿Mi madre me hará el favor de comer aquí conmigo y mis discípulos?”. Y ella respondió: “Querido hijo y mi amor, mi comida y mi alimento es que os pueda ver con mis ojos y os pueda contemplar”. Ella se sentó a la mesa y estuvo cenando con él y sus discípulos muy honestamente.

Cuando se acabó la cena, Jesús Cristo quiso despedirse de sus discípulos y les quería explicar la Pasión y todo lo que se estaba preparando por venir. Para no dar dolor ni tristeza a su bendita madre, pues tenía compasión de ella, le dijo: “Madre mía, la cena se ha terminado. Estaría bien que regresases con Santa María Magdalena y con San Lázaro y Santa Marta a vuestra casa”. Y ella le dijo: “Te ruego, hijo mío, que por favor me dejes estar aquí esta noche con vos”. “Y ¿cómo mi madre quiere -dijo Jesús Cristo- quedarse aquí en casa extraña?”. - “¡Oh, hijo mío! -dijo la Virgen María- no es nada extraña para mí en cuanto tú estás, pues el miraros y contemplaros es mi gran consolación”. Y Jesús Cristo le dijo otra vez: “Madre mía, por favor os tenéis que ir”. Y la Virgen María le respondió: “Hijo mío, lo que a vos place, a mi me place; pero hijo mío bendito, una cosa os pido: que por aquel honor que recibí aquel día viernes cuando os concebí en la Encarnación, y por el honor que yo tengo de ser tu madre y madre de mi creador, y por la memoria y conmemoración de eso

solía hacer en viernes una gran fiesta; hijo mío bendito, dado que mañana será viernes, por favor hazme la gracia de comer conmigo”. Y Jesús Cristo, para no darle dolor ni tristeza a su madre, le dijo: “Madre mía, me parece bien que mañana comamos tú y yo en la misma mesa”. Y Jesús Cristo, que sabía bien la comida que le preparaban, se cuidó de llorar y para que su madre no lo viera llorar, retenía las lágrimas en sí mismo por compasión hacia ella. Y Jesús Cristo dijo para sí mismo: “Andad vos, madre mía, porque mañana vos y yo comeremos en la mesa una comida, y la comida será de dolor, de amargura y de tristeza; y la mesa será la cruz, allí comeremos y allí nosotros sufriremos”. Jesús Cristo, sabiendo todo eso, no se lo decía tan claramente a la Virgen María, sino que comerían una comida, en una mesa y en un plato. Y la Virgen María dijo: “Señor, bien me place”. Y no sabía el dolor ni la tristeza que se le estaba preparando por su hijo.

Ella se levantó y se fue. Y Jesús Cristo le acompañó hasta la puerta y la besó y la abrazó y la consoló cuanto pudo, y la encomendó a San Lázaro, a Santa María Magdalena y a Santa Marta y a las otras mujeres, que eran muy devotas. Y cuando la bendita Virgen María se iba, su bendito hijo le miraba muy piadosamente y se decía a sí mismo: “¡Oh bendita Virgen, cuánto dolor y amargura y tristeza me está esta noche preparada!”. Y la bendita Virgen María no sabía nada de su Pasión dolorosa. Y con la consolación de su bendito hijo, se volvió al hostel con toda su compañía. Y la bendita Virgen María pensaba que fuese una comida buena y que ella se esmeraría, y le dijo a Santa María Magdalena: “Te pido que mañana me ayudes a preparar la comida para mi hijo y sus discípulos; pondremos aquí la mesa y mi hijo estará en la cabeza de la mesa y yo me sentaré cerca de él, y San Pedro a mi lado y todos los demás discípulos a continuación; y comeremos alegremente y con gran consolación”. Y Santa María Magdalena, que atendía bien a todo lo que había que hacer, le dijo: “No os preocupéis bendita, que todo el mundo tendrá buena comida”<sup>34</sup>.

---

<sup>34</sup> Muy probablemente aquí debe ir el párrafo del punto 2 que comienza: “Luego, después que la Virgen María..” como está en el manuscrito de Ayora y por eso se ha puesto a continuación

Después que la Virgen María se marchó con su compañía, Jesús Cristo comenzó a hacer tres cosas [notabilísimas] <sup>35</sup>. La primera fue que él se quitó un peso de encima y a los apóstoles también, pues les hizo el encargo que ellos se lo quitasen también un poco. Y la segunda cosa que hizo fue despojarse, no sólo de una vestidura, sino de todas las que llevaba, quedando con una pequeña túnica. Y cuando los apóstoles lo vieron con aquella túnica, se admiraron mucho porque no se despojaba de aquellas ropas ni cuando dormía. Y los apóstoles le dijeron: “¡Oh, Redentor del mundo! ¿qué quieres hacer?”. Y Jesús Cristo cogió una toalla y se la ciñó. Y después una vasija llena de agua y se puso primeramente delante de San Pedro y le dijo que quería lavarle los pies. Y San Pedro le dijo: “¡Oh, Señor salvador del mundo! ¿qué quieres hacer? Porque yo soy un hombre pecador y vos sois Señor y Creador. Sabes que yo no podría soportar tanta humildad de que tú me laves a mí los pies”. Y Jesús Cristo le respondió: “Déjame hacer, Pedro, deja que te lave los pies; porque si no te los lavo, no tendrás parte en mi reino”. Entonces San Pedro, viendo la decisión de Jesús Cristo, le dijo: “Señor, cosa dolorosa es que tú me laves los pies, pero más dolorosa cosa sería si perdiera la gloria celestial. Y pues a vos os satisface tanta humildad, Señor, no solamente lávame los pies, sino la cabeza y las manos”. Y cuando Jesús Cristo lo lavaba, San Pedro lloraba y le decía: “Señor, qué bien estoy, porque soy lavado”. Después fue a lavar a San Juan y después a San Andrés y después a todos los otros apóstoles también les hizo este lavatorio. Y sabed que este lavatorio que Jesús Cristo hizo a sus discípulos fue una cosa notable y de gran edificación y de gran ejemplo. Y cuando terminó de lavar los pies, él ordenó e instituyó el santo sacramento del Altar y les hizo a todos comulgar. Y advertid que primeramente los lava antes de darles su cuerpo en comunión. Y eso lo hizo para mostrarnos que debemos estar lavados de todo pecado y de todas las iniquidades y malas voluntades y de todos los otros pecados antes que comulgemos.

---

<sup>35</sup> Según el manuscrito de Ayora fueron: el lavarles los pies como signo de notable y gran humildad; la institución del sacramento del Altar; y el sermón del mandato del amor. Y así aparece pero no tan claramente en el texto que se está traduciendo.

Y por eso Jesús Cristo antes que comulgasen y animarles a lavar, les hizo un gran sermón sobre su Pasión y el dolor que iba a sufrir y que no se escandalizasen, ni siquiera cuando vieran que partía por estar ya cerca de su Pasión, y que no se alarmasen nada pues él quería hacer las cosas tal cual y atenerse a los mandamientos que les había dicho y mostrado. Y cuando acabó aquel notable sermón les dijo: “Vayamos al huerto y daré gracias a Dios”. Lo dijimos al principio: “*Occli ómnium etc*” [los ojos de todos..., Sal. 144,15]”. Y al acabar en la mesa dijo otra oración: “*Que a Deo ordinata sunt etc.* [que por Dios están ordenadas..., Rom 13,1]”. Y después Jesús Cristo les dijo a los apóstoles: “¡Levantaos, poneros en pie!” *Memoriam fecit etc.* [hizo memorables..., Sal 110,4]. Y con esto dieron gracias y salieron.

Y cuando todo esto fue hecho, Jesús Cristo llamó a aquel hombre notable, el señor del hostel que le había dado la cena, para darle las gracias por todo lo que había hecho y porque les había dado de comer y no quería ser recompensado. Y Jesús Cristo le dijo: “Habéis hecho a mí y a mis discípulos esta caridad bondadosamente, de buen corazón de todo lo que tenían necesidad, y por eso sabed que, porque lo habéis hecho de buena voluntad, os habéis ganado que yo os haga la gracia de daros la gloria celestial y no os preocupéis en este mundo por bienes materiales y en el otro gozaréis de comidas incorruptibles e inestimables, llenas toda dulzura. En mi cena y en la gloria del Paraíso tendrás gran gozo y alegría. Y darás gracias a Dios porque no habéis perdido ninguna cosa al dar esta cena, pues os será bien pagada y se volverá en las bendiciones de Dios”. Y el hospedero le dijo a Jesús: “¡Oh, Señor! ¿a dónde quieres ir? No salgáis afuera de esta casa. ¿Queréis ir hacia la muerte? ¿Queréis que vuestros discípulos mueran? ¿Por qué queréis poner en peligro a vos y a vuestros discípulos? Por favor quedaros en esta habitación y os daré todo lo que sea menester. Debéis demorar esta noche, porque, Señor, no debéis poneros en ningún peligro”. Y cuando los apóstoles vieron que Jesús Cristo se quería ir afuera, todos se pusieron a temblar pues tenían mucho miedo de los judíos y le decían: “Señor, no vayas fuera de la casa, que dormiremos bien aquí; tú sobre aquella mesa y nosotros aquí en tierra”. Y Nuestro Señor y Salvador les respondió: “Conviene que se haga la voluntad de Dios y no la de la carne, pues también mi carne tiembla y tiene miedo como vosotros”. Y como el hospedero vio que no les podía

detener, le dijo: “Puesto que, Señor, queréis iros, dadnos, si os place, vuestra bendición, pues no sabemos si os volveremos a ver”. Y se arrodilló delante de él y él le dio su bendición.

Mirad pues a Jesús Cristo comiendo con su esposa, a saber todos sus discípulos en los que estaba a la vez toda la Iglesia, pues así como todos los dolores, afanes y trabajos vinieron después de la comida de Adán con su esposa Eva, así Jesús Cristo había querido tener esta comida, pues después de dicha comida convenía que fuese la salvación. Así se cumplió la figura: “*Et edet nocte illa carnes assas agni et azimos panes cum lactucas agres-tibus* [esa noche comerán la carne del cordero asada al fuego, con pan sin levadura y hierbas amargas, Ex 12, 8]”. Mirad que dice “comerán” y no dice “comerá” ¿Y porque comerán? es que se trata de Jesús Cristo y su esposa la Iglesia, que estaba en sus discípulos ¿Y qué comerán? El cordero. Ved que él tenía un cordero preparado, que habían asado a las brasas y tenían pan con verduras amargas y agrias. Y eso fue para demostrar el amargor de su Pasión, que fue muy amarga y dolorosa.

Ved pues así el primer punto de la conveniencia o de la necesidad, porque convenía y era necesario en primer lugar que tuviese esta comida con su esposa en su santa Pasión.

## 2.- *La ligacio o ligamen personal*

El segundo punto que se refiere a la santa y sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesús Cristo es la *ligacio o ligamen personal*, pues después de aquella comida fue preso y atado en el huerto donde estaba haciendo oración y rogaba a Dios Padre, y ahí fue preso y atado. Cuánta fue la conveniencia después que Adán y Eva, su esposa, habían recibido aquella comida en el jardín del Paraíso terrenal. Ved el apresamiento de la libertad que tenían porque Adán fue atado con la cuerda del pecado, cuando primeramente antes de pecar gozaban de plena libertad y cuando pecaron fueron atados y presos y ya no tuvieron aquella libertad que primero tenían, pues cuando habían pecado fueron castigados y ligados a las cadenas del pecado, de las cuales dice

David: “*Funes peccatorum circumplexi sunt me et legem tuam non sum oblitus*” (Sal 118,61). *Beati imaculati*. Las cuerdas del pecado me han atado y apresado, pero yo no me olvidado de tu ley. “Señor, yo hice aquel mal que hice contra tu ley y por eso estoy atado, pues -se decía Adán- yo era el primer hombre libre y ahora estoy atado y preso; es a saber: ¿por qué ha sido rota la amistad y libertad que yo tenía?” ¿Dónde fue atado y preso? En el huerto del Paraíso terrenal. Y por eso venía Jesús Cristo a desatar la atadura de Adán que hizo junto con su esposa Eva durante aquella comida en el huerto del Paraíso terrenal, por eso quiso Nuestro Señor venir al huerto. Mirad pues la conveniencia y la urgencia y la práctica de eso <sup>36</sup>.

Jesús Cristo salió afuera con todos sus discípulos a un valle que dice San Juan [18,1] tenía el nombre de Cedrón, donde estaba el huerto y los otros dicen que fue al monte de los Olivos [Mt 26,30; Mc 14,26; Lc 22,39], que estaba en medio de aquel valle. Y la luna estaba muy clara y plena y ellos veían como si fuese claro día. Y cuando Jesús Cristo entró en el huerto, estando allí, comenzó a temblar y a ponerse triste y suspirar, y comenzó a tener un gran temor y una gran tristeza y angustia. Y tenía la cara toda desfigurada por el gran miedo que tenía. Y cuando los apóstoles vieron que tenía miedo tan grande, estaban todos impresionados. Y Jesús Cristo les dijo si habían visto algo así y le dijeron que estaban algo turbados porque veían que él tenía miedo. Nuestro Señor Jesús Cristo dijo: “*Tristis est anima mea usque ad mortem*” [Mt 26,38]. Yo, dijo él, siento en mi interior una tristeza de muerte. Y dijo a los apóstoles: “Estaos en oración porque los diablos no os hagan caer en pecado de impaciencia y de incredulidad, y yo me apartaré un poco para hacer oración en el huerto”. Entonces él se alejó y entró en oración, y estaba alejado de ellos un tiro de piedra, y oraba de pie. Y eso no lo hacía para mostrar su verdadera divinidad [sino que era verdadero hombre]. Y por eso le decía al Padre que fuese hecho según su deseo y no según la voluntad de la carne, sino según vuestra santa ordenación. Y decía que estaba en agonía, quiere decir como en una batalla ante aquellos dolores y tormentos que debía soportar. Y entonces se

---

<sup>36</sup> A continuación están los párrafos que se han puesto en su lugar en el punto anterior.

le reventaron la venas y Jesús Cristo sudó gotas de sangre que le caían a tierra. Y San Lucas dice [Lc 22,43] que entonces vino un ángel del cielo para confortarle y le dijo: “¡Oh Señor! tened buena fuerza que la victoria será vuestra. ¡Oh Señor! no te rindas ante la batalla, que está ordenada con el Padre y el Espíritu Santo; ya sabéis que esto fue profetizado por los profetas y ninguna cosa será contra vos. ¡Oh Señor! las cadieras <sup>37</sup> del Cielo serán preparadas y todos los ángeles se alegrarán y habrá gran consolación. Y pues veis que habrá gran consolación, os plazca tened un buen momento y queráis confortar a la humanidad con amor”. ¿Porqué el ángel le confortaba y le decía todo eso, a él que lo sabía todo? Por eso, porque el ángel hacía eso que él ya sabía.

Y así como Jesús Cristo estaba en aquella contemplación, Judas el traidor vino con una multitud de gentes de armas con lanzas y espadas y escudos, con linternas y antorchas encendidas. Y el traidor Judas, sabiendo que Nuestro Señor Dios Jesús Cristo estaba en aquel huerto, ordenó rodear todo el huerto para que no se pudiera escapar a ninguna parte. Y todos vinieron contra él como si fueran a una guerra y Nuestro Señor no quería escapar.

Entonces dijo a los apóstoles que dormían: “¿Y vosotros no podéis velar un poco conmigo?”. Y tres veces fue y las tres los encontró durmiendo, y no podían orar por el miedo que tenían a los judíos de ser muertos o presos. Y a la tercera vez Nuestro Señor les dijo: “Levantaros, porque es tiempo de no dormir más”. Y Judas el traidor había dado una señal a los judíos por la que conocerían a Jesús Cristo, para que no lo confundieran con Santiago el Menor, y por eso les dio la señal que apresasen a aquel que él besaría. Y aquel malvado y desvergonzado no tuvo vergüenza de aproximarse a Jesús Cristo y cuando estaba cerca de él, le dijo: “Dios os salve, maestro”. Y sin vergüenza y temor, lo besó. Y Nuestro Señor Jesús Cristo le dijo dulcemente: “¡Oh Judas, besando traicionas al hijo de la Virgen y lo entregas a sus enemigos!”. Eso se lo decía queriendo manifestar cuánto daño entrañaba, “porque si lo sabías -se dijo él- tú no lo habrías he-

---

<sup>37</sup> El manuscrito trae “cadieyra” o cadiera: banco de madera con reposabrazos. Pero en el texto se utiliza fundamentalmente como sillón de cierta categoría.

cho". Aquellos que venían con él habían cercado todo el huerto y entraban por las murallas. Y a los que venían a prenderlo, Nuestro Señor y Salvador les decía: "¿A dónde vais vosotros y a quién buscáis?". Y ellos como enfadados decían: "Nosotros buscamos a Jesús de Nazaret". Y Jesús Cristo, para mostrar su divinidad, dijo: "Yo soy". Él dijo "yo soy" significando su divinidad. Y la virtud de esta palabra fue tan grande, que les dio tan gran miedo que cayeron todos a tierra. Y cuando los apóstoles vieron que se caían, dijeron: "¡Bendito sea Dios!, porque ahora escapará nuestro Maestro". Pero Jesús Cristo no hacía movimiento de escapar para demostrar que nadie tenía poder sobre él, si él no quería. Y los judíos se levantaron y Nuestro Señor les dijo otra vez: "¿Qué es lo que queréis?". Y todos ellos le respondieron unánimes: "Nosotros buscamos a Jesús de Nazaret". Él les dijo: "Yo soy, prendedme y haced los que os plazca". Sabed que todavía no lo habían podido prender y atar porque no había llegado la hora y no había venido porque no había sido ordenada y predestinada por Dios Padre. Y cuando lo prendieron, dicen algunos doctores que las manos se las ataron por detrás con cuerdas para que no se desatase, y otros dicen que lo ataron con cadenas. Y eso lo hicieron por lo que les dijo Judas que lo detuvieran y lo atasen bien fuerte, que se podía escapar porque resucitaba los muertos y hacía salir a las almas del Infierno en despecho de los demonios, y por eso decían que bien podría romper las cadenas. Y entonces uno de allí y otro de allá lo cogieron y ataron. Unos lo cogían de un lado y otros de otro, unos por la barba y otros por los pies y otros por los brazos, otros lo sujetaban con cadenas muy duramente. Tanto que sujetaron todo el cuerpo.

Y cuando los apóstoles vieron eso, escaparon unos por aquí y otros por allá, y dijeron: "Se ha cumplido el tiempo que nos dijo Nuestro Señor Jesús Cristo que seríamos escandalizados". Y decían: "¡Qué desdichados! ¿qué haremos? Ya se ha cumplido la profecía como él nos lo decía". Y San Pedro se decía a sí mismo: "¿Y yo que diré de esto? Porque yo dije que moriría por él". Y San Juan: "¡Hay, desdicha! ¿qué diré a la Virgen María? ¿que he huido y he abandonado a su hijo? Y yo que hace poco le dije que nunca jamás lo desampararía?".

Los judíos empujaban a Nuestro Señor fuertemente y corrían, con grandes empujones de aquí para allá, con las cadenas

al cuello a pesar de que él no tenía costumbre de ese modo de correr. Y le pegaban grandes bastonazos en la cabeza y sobre las espaldas y lo arrastraban para que fuera más deprisa. Y San Juan que lo veía, escondido dijo: “Si yo supiese que iba a morir, no me iría”. Y cuando San Pedro vio que San Juan se iba, se dijo: “¡Oh traidor! ¿qué haré yo aquí?”. Y se fue, yendo a donde estaba San Juan.

Cuando lo introducían dentro de Jerusalén, sobre la puerta estaban colgadas dos estatuas, que estaban puestas para vanagloria porque cuando un rey o algún señor vencía una batalla o realizaba algún gran hecho, se ponían aquellas imágenes sobre la puerta. Y cuando Nuestro Señor Jesús Cristo entraba, aquellas imágenes se inclinaron y humillaron. Y dicen que las estatuas hablaban y decían: “¡Oh Señor y Salvador del mundo! ¿Cómo es que entras atado y bien atado como un prisionero? ¡Oh bendito Señor!, gracias te sean dadas”. Y todos los que veían esta inclinación de las estatuas, lo interpretaban mal y decían que era un arte del diablo, y decían: “¡Mirad al encantador! que por encantamiento hace que las piedras le adoren”. Ved, pues, que la atadura era conveniente y necesaria porque Adán y Eva fueron atados después de la comida y fueron privados de la libertad y dignidad que tenían. Por eso después de aquella comida fueron presos y atados por la conveniencia y la urgencia del pecado de Adán; y mirad la autoridad de Lamentaciones (4,20) que dice: “*Spiritus oris noster, Christus Dominus, captus est pro peccatis nostris, cui diximus: in vulnera tua<sup>38</sup> invenimus in gentibus* [el espíritu que era nuestro aliento, el Cristo Señor, fue cogido por nuestros pecados; de quien dijimos: en tus heridas viviremos entre las gentes]”. Jesús Cristo decía por boca del Espíritu Santo, pues él nos ha dado el espíritu de profecía, que él es atado y preso a su sombra, es saber en su Pasión, porque así como en la sombra se ofrece frescor y alivio a aquel que viene acalorado, asimismo nosotros esperamos que por su santa Pasión tengamos refrigerio y por él venga la salvación.

---

<sup>38</sup> Exactamente el versículo bíblico dice *in umbra tua*.

### 3.- La *dampnacio humanal*

La tercera cosa de la bendita santa y sagrada Pasión de Nuestro que le hicieron fue la *dampnaciou e condampancio judicial* [el daño y la condena judicial] pues fue condenado por Anás por presuntuoso y orgulloso; en segundo lugar fue condenado por Caifás como aquel que era digno de muerte; en tercer lugar fue condenado por Herodes como si fuese un loco y sin cabeza; y en cuarto lugar fue condenado por Pilato a una ejecución de muerte.

Ved pues aquí cuatro juicios y pienso que eso ocurrió por alguna razón o por algún misterio ya que Adán después de haber comido quedó atado, eso es lo que nos enseña: que fue juzgado, es a saber por los cuatro elementos antes que los jueces. Primeramente a la tierra que se trabaja, pues al principio la tierra no hacía falta trabajarla y después de que fue atado tuvo que trabajar la tierra y hacer otros trabajos, pues al comienzo no era necesario trabajar. En segundo lugar fue condenado al agua para navegar y ponerse en peligros y aventuras y otras miserias, que hacer eso no era necesario al principio. En tercer lugar fue condenado al aire y al tiempo, es a saber a vientos, lluvias y nieves y otros males. Y en cuarto lugar fue condenado al fuego, que quema todo y que desde el principio no era así. Ved pues así los cuatro juicios, o cuatro jueces, a los cuales Adán fue condenado y obligado después de la comida. Y por eso Nuestro Señor quiso ser condenado por cuatro jueces.

Además asimismo Adán fue condenado a cuatro cualidades, las cuales no tenía al principio, es a saber: la sequedad y la humedad, el frío y el calor, estas cuatro cualidades no cesan jamás en el cuerpo del hombre hasta la muerte. Además fue condenado a cuatro complexiones, es a saber: sanguínea, melancólica, flemática y colérica, que son contrarias entre sí y lo atan hasta que lo llevan a la muerte. Además Adán fue condenado a cuatro tiempos, es decir el verano, el otoño, el invierno y la primavera, que jamás cesan de un tiempo al otro -del verano al otoño y del otoño al invierno y del invierno a la primavera- hasta llevar al hombre a la muerte.

Asimismo Nuestro Señor quiso ser condenado por cuatro jueces para mostrar la conveniencia y experiencia, lo cual no es

sino un misterio. Y así fue cumplida una profecía de David que dice: *“Astiterum reges terre et principes concenerunt in unum Dominum et adversus Christum ejus. In psalmo: Quare fremuerunt gente”* [se reúnen los reyes de la tierra y a una se confabulan los príncipes del Señor y contra su Cristo. En el salmo que comienza: *¿Por qué se amotinan las gentes... Sal 2,2*].

Se dice que los reyes de la tierra conspiran, a saber Herodes que era rey y Pilato que era lugarteniente del emperador César y los príncipes Anás y Caifás tuvieron consejo judicial contra el Señor Jesús Cristo. Ahora veamos lo que ocurrió.

En primer lugar, cómo Nuestro Señor fue condenado por un príncipe que se llamaba Anás, y aquella sentencia fue dada contra Jesús Cristo por aquel príncipe Anás condenándolo como hombre presuntuoso y orgulloso. Y cuando lo llevaron a la casa de Anás, ved que iba San Juan, que iba escondido; y cuando San Juan lo vio entrar dentro de la casa de Anás, pudo tener una gran alegría y placer porque él era conocido de aquel príncipe Anás. Y alguien podría decir: “¿Cómo pudo ser eso que San Juan tuviera esa relación con aquel príncipe?”. Eso era porque San Juan era un buen pescador, y te digo que bien podía ser por eso. Porque aquel Anás en todo tiempo juzgaba a aquellos que le daban presentes y el padre de San Juan Evangelista le daba grandes regalos y buena cantidad de buenos peces, por si acaso tuviera un pleito con alguien y fallase a favor de él. Y ved que había dado instrucciones a los jueces que no fallaran sino sólo a aquellos que le daban regalos. Y por eso le gustó a San Juan cuando vio a Jesús Cristo entrar en aquella casa. Y cuando San Juan fue a la puerta y le vio la sirvienta, ella le conoció y le abrió la puerta y entró dentro y San Pedro permanecía afuera. San Juan fue a decir a la sirvienta que le dejase entrar y San Juan se lo dijo a San Pedro que entrase. Y San Pedro lloraba y cuando se limpió los ojos, la sirvienta la dijo: “¿Tú no vas también con este hombre, Jesús de Nazareth?”. Y San Pedro tenía un gran miedo de morir y le respondió simplemente: “Yo no soy de los suyos”. Y la sirvienta lo dejó entrar y se puso al lado del fuego para calentarse. Y estando calentándose, uno que estaba junto al fuego, le preguntó si él no era discípulo de Jesús Cristo. Y entonces tuvo más miedo que antes, y si primeramente lo había negado, ahora lo renegaba con fuerza diciendo que con toda certeza él no iba

con él. Y [otro] le dijo a San Pedro: “Tengo una cosita contra ti. ¿No conoces al hijo de la Virgen María, que es Hijo de Dios, a quien le dijiste que jamás le abandonarías? ¿Dime, San Pedro, dónde está aquella palabra que diste pensando que todo el mundo tiene fallos pero que tú jamás fallarías? ¿Decidme, dónde está aquel amor, aquella caridad y devoción que tú tenías al hijo de la Virgen?”. Y San Pedro tenía tanto miedo de morir, que no sabía qué decir. Y estando él aquí delante del fuego, Nuestro Señor Jesús Cristo estaba arrodillado en tierra ante Anás, que estaba sentado en una sillón [de juzgar]. Y cuando San Pedro lo veía estar así, no se podía contener de llorar por la gran compasión y dolor que tenía de Nuestro Señor Jesús Cristo.

Anás preguntaba dos cosas a Nuestro Señor. La primera se trataba de sus discípulos que andaban con él y la segunda sobre la doctrina que predicaba. Y con estas dos cosas reprendía fuertemente a Jesús Cristo y le decía: “Tú eres soberbio y orgulloso, pues quieres guiar a doce discípulos como doce jueces de Israel”. Ved vosotros que por esta vanagloria él fue condenado. Ahora la segunda, la doctrina, le decía: “No estás contento con la doctrina de los profetas y de Moisés y por eso predicas otra doctrina para que te sigan los hombres. ¡Oh desgraciado! -decía Anás- ¿no tienes bastante con esta doctrina? ¿Y de dónde es tu doctrina?”. Y Jesús Cristo no decía palabra. ¿Y por qué no respondía a la primera pregunta? No había obligado a sus discípulos que fueran con él, sino que ellos le rogaban que los admitiera en su compañía; y por eso no tenía ninguna buena razón que responder. Y a la segunda cosa Jesús le responde y le dice: “Sabrás ciertamente que no he hablado en lugar secreto, ni en lugar escondido, sino en público y manifiestamente con toda la gente que se juntaba; por eso no me lo preguntes a mí pues sería un poco creíble, sino pregunta a todos aquellos que me han visto”. Entonces vino un escudero de Anás y le dijo a Jesús: “¿Eres tan atrevido de hablar así con tanta desvergüenza ante tal príncipe?”. Y al momento levantó la mano y con toda la fuerza le dio una bofetada tan fuerte que lo tiró a tierra. Y Nuestro Señor Jesús Cristo sufría pacientemente y giró la cara humildemente, y le dijo: “Amigo, si yo he hablado mal, os ruego que me excuséis”. Quería decirle que él sabía bien la pena que tenía encima por todo para el día de juicio, cuando vería el hijo de la Virgen en su

majestad y diría: “¡Oh, que desdichado soy! que éste es el que yo herí; yo querría no haberlo hecho”.

Cuando San Pedro vio el gran desprecio que hacían a Nuestro Señor, a quien amaba profundamente, y vio la gran bofetada que el escudero le pegó, se puso a llorar. Y aquellos que estaban cerca suyo y lo vieron llorar, le preguntaron si él era discípulo de Jesús Cristo y si estaba con él. Y San Pedro, dado el gran miedo que tenía, comenzó a jurar así: “Os juro por Dios vivo y por aquel que hizo el cielo y la tierra y que la maldición de Dios me venga y de la santa ley: yo jamás lo he conocido”. Y Nuestro Señor Jesús lo fue después a mirar con sus ojos de misericordia, como si quisiera decir que tenía más dolor por San Pedro que por su Pasión. Y cuando San Pedro vio que Jesús Cristo le miró tan piadosamente, él se salió fuera de la casa a llorar y se escondió dentro de una cueva <sup>39</sup> como diciendo que jamás saldría de allí hasta tanto Jesús Cristo no le perdonase. Después decía: “Yo no beberé ni comeré hasta que no sepa si seré perdonado y si tendré salvación”. San Pedro llevaba siempre una toalla para secarse los ojos. Y cuando llevaba un poco, el gallo cantó, y entonces San Pedro tuvo un gran dolor por su pecado y se acordó cómo Jesús Cristo le había dicho que antes de cantar el gallo le habría negado tres veces.

[El segundo juicio fue por Caifás.] Entre tanto el gallo cantaba, los judíos prendieron a Jesús Cristo y lo llevaron a casa de Caifás, donde estaban reunidos todos los doctores y maestros de la ley y los regidores y los otros jefes de la ciudad, que estaban esperando que fuera Jesús Cristo. Y Caifás estaba sentado en medio de todos en un sillón y los demás estaban a su alrededor en la sala, y otros amenazaban a Nuestro Señor con grandes empujones. Habiendo entrado Jesús en la casa de Caifás, todos los doctores y maestros y regidores y rabinos le dijeron a Nuestro Señor: “¡Oh traidor, ahora te tenemos y no puedes escapar de nuestras manos!. Ahora veremos si eres Hijo de Dios”. Y Caifás, sentado en el sillón en medio de todos, le decía: “Mira aquí todo

---

<sup>39</sup> Se basa en el *Magister Historiarum*, Petrus Comestor, que en su *Historia scolastica* afirma que después de llorar amargamente, Pedro se escondió en un sepulcro. A este autor sigue en ciertos detalles de otros pasajes.

el consejo eclesiástico y temporal de esta ciudad, yo te pido delante de todos que me digas si tú eres Hijo de Dios". Y Jesús no decía palabra. Y Caifás dijo otra vez: "¿No me respondes?". Y Nuestro Señor le dijo: "¿Por qué tengo que hablar?, no vale la pena que hable, pues sé que vosotros no me creeríais. Por eso, en este juicio tan calumnioso más vale callar". Cuando Caifás vio aquello, le dijo: "¡Tenemos testigos!". Y vinieron falsos testigos de una parte y de otra, no obstante que él era inocente y santo y justo, y por eso Jesús Cristo se daba cuenta que los testimonios no eran verdaderos, pero no quería decir ninguna cosa. Y cuando Caifás vio que por los testimonios no le podía hacer hablar, se levantó del sillón y comenzó a conjurarlo y le dijo: "Yo te conjuro por el Dios vivo que me digas si tú eres Hijo de Dios. Ahora veremos -dijo Caifás- si menosprecias el nombre de Dios". Y el bendito Señor, para dar honor al nombre de Dios, dijo: "Yo estoy obligado a dar honor al nombre de Dios. Porque sabrás que tú has dicho la verdad, que yo soy Hijo de Dios y Rey y Mesías. Vosotros ahora estáis en lo alto en el sillón y el Hijo de Dios está abajo, pero tú verás sentado en su sillón de virtud [o trono] al Hijo de Dios y todos vosotros estaréis abajo el día del juicio". Entonces se dijeron unos a otros: "¿Qué os parece eso que ha dicho? ¿Hace falta otro testimonio contra él?". Y murmuraban contra Jesús Cristo. Y le dijeron a Caifás: "¿No te parece que es digno de muerte?". Y se levantaban y le escupían en la cara, y otros después decían que era para dar gloria a los ángeles; entre tanto, Jesús tenía la cara llena de aquellos escupitajos y de aquellos golpes por delante y detrás, que no se le podía mirar, y él no se podía limpiar porque tenía atadas las manos por detrás y no hablaba nada. Y unos le tiraban de los pelos y otros le mesaban la barba, otros le daban grandes patadas y otros pinzaban la cabeza delante de la cara como si jugaran con una calavera, y le decían: "Si tú eres Hijo de Dios, ¿adivina quién te ha pegado?". Y así lo tuvieron todo el tiempo y él no decía palabra alguna.

Ved pues, cómo Nuestro Señor fue condenado en la casa de Anás por orgulloso y presuntuoso y después en la casa de Caifás por blasfemo y digno de muerte.

El tercer juicio que sufrió Nuestro Señor fue condenado por Herodes por loco, por necio y por indiscreto. San Lucas dice [23,8] que Herodes deseaba mucho ver los milagros que Jesús

Cristo hacía y esperaba que eso le divirtiera; pero Herodes no quería ir a escuchar sus sermones, porque esperaba que Jesús Cristo viniera a verle a él e hizo que le trajeran a Jesús Cristo. Herodes tuvo un gran placer cuando lo vio y comenzó a interrogarlo y le pidió varias cosas según le parecían, y le dijo: “He oído que tu resucitabas a los muertos, y curabas a leprosos y a contrahechos, y convertías el agua en vino, por eso quisiera que hicieras algún milagro ante mí para ver si es verdad”. Y le dijo a un escudero que trajese agua en una jofaina para ello, lo que hizo, y le dijo: “Ves aquí agua, haz que se convierta en vino”. Y Nuestro Señor no quiso hacer nada. Herodes le dijo: “¿Será verdad o no, que haces?”. Y Herodes mandó al escudero que trajese pan y lo trajo; y le dijo: “¡Multiplícalo delante del rey!”. Y Herodes le dijo: “Tú saciaste con cinco panes y dos peces a cinco mil y más. Mira este pan, veamos cómo lo haces y te creeremos”. Y Nuestro Señor no decía palabra. “Yo creo -dijo Herodes- que eso no fue verdad. Ahora veamos -dijo Herodes- he oído que tú caminabas sobre el mar y que no tenías peligro porque el agua te sostenía; pero yo pienso -dijo Herodes- que eso tampoco fue verdad. Y todavía más -dijo Herodes- he oído decir que curabas a los enfermos, a los leprosos y a los contrahechos. Un hombre está en mi casa enfermo, veamos si tú lo curas”. Y lo hizo traer allí. Y Nuestro Señor no lo quiso curar. De esta manera esta criatura dañaba con burla y escarnecía de Nuestro Señor. Y Jesús Cristo se decía a sí mismo: “¡Oh desdichado Herodes!. Los milagros no se hacen de esta manera, sino por pura devoción, porque si tú dijese devotamente: ‘Señor, si te place, lo protegerás de tal enfermedad, lo haría; pero tú los menosprecias y vituperas y por tanto no haré milagros’”.

Cuando Herodes vio que Jesús Cristo no quería hablar ni decir palabra, le dijo: “Este hombre está loco y fuera de sentido. Yo soy tan poderoso que le podría condenar o librar de la muerte. Sabed que es un loco que no quiere hablar”. “Quitadle -dijo- esa túnica blanca y yo lo vestiré como hombre loco”. Y Herodes lo vistió y lo envió a la casa de Pilato: “decidle -dijo él- de parte mía que yo no quiero ser juez de un hombre loco, que si fuese hombre que tiene buen sentido y buena razón, vería cómo lo pudiera condenar”.

Ved pues como fue condenado y juzgado por Herodes por loco e iluminado, y menospreciado y vituperado como si estuviera fuera de todo entendimiento.

La cuarta vez fue condenado y juzgado por Pilato, siendo condenado a muerte. Cuando Pilato vio que los judíos le enviaban a Jesús Cristo, se dio cuenta que los judíos le traicionaban y que querían que él muriera por la gran envidia que le tenían a causa de los milagros y de los sermones y de la santa vida que tenía, y por la buena doctrina que enseñaba a la gente; y que por tales cosas el pueblo se convertía a él y le honraban y le hacía gran reverencia y por todas estas cosas los judíos le tenían a Jesús una gran envidia. Por eso Pilato se esforzaba de librarle por alguna de estas cuatro maneras: en primer lugar por justicia; en segundo por gracia; en tercero por vergüenza; y en cuarto por misericordia. Estas cuatro maneras las tomó Pilato para librar a Nuestro Señor Jesús Cristo.

Primeramente por justicia y por eso Pilato lo sacó aparte con el fin de examinarle e interrogarle en su habitación, en la que le preguntó y constrictó si quería decirle las cosas por las que los judíos le acusaban. Y Pilato decía a Jesús Cristo: “Dime tú si eso que dicen los judíos de ti es verdad o no”. Y Jesús Cristo se defendía con la verdad y Pilato sabía bien que la verdad era lo que Jesús decía.

La mujer de Pilato dormía mientras tanto en el lecho. Mientras ella dormía, el diablo que vio y conoce la inocencia y la santidad de Jesús Cristo y la paciencia que tenía para sufrir todos aquellos males, vio la gran alegría que tenían los santos del Limbo <sup>40</sup> y que los ángeles les decían: “Alegraos pues porque Jesús Cristo, Nuestro Señor y Salvador, ya va venir y os va a librar”. Y cuando el diablo veía y oía todo eso, se esforzaba más fuertemente para estropear de todas las maneras que Jesús Cristo no muriera así. “Pues así -se decía el diablo- como procuré el daño y la muerte por la mujer, pues así quiero ahora estropear

---

<sup>40</sup> El Limbo según los teólogos medievales, y como se dirá en el mismo sermón más adelante, era el lugar intermedio entre la tierra y el cielo en el que esperaban los santos la Redención.

por la mujer la salvación de todo el linaje humano”. El malvado diablo, para estropear la muerte de Jesucristo, vino a la mujer de Pilato en sueños y le dijo: “¡Oh traidora! si este hombre, que es santo y justo, muere yo te destruiré y mataré tus hijos. Y por eso levántate de aquí y di a tu marido Pilato que mire bien y no lo condene a muerte, pues él es santa persona y no es digna de muerte. Y si no hace así y lo condena a muerte, sabrás ciertamente que yo te destruiré y todo lo tuyo, y sabrás que yo soy dios poderoso que te he venido a anunciar”. Y la mujer de Pilato se despertó toda asustada y prestamente envió un mensajero a Pilato para decirle que Dios se le había aparecido para avisarle que no juzgase y condenase a muerte a Jesús Cristo, que era un hombre santo y justo; y que si no obedecía, Dios le había dicho que se le aparecería aquella noche y que le destruiría a él y a toda su descendencia.

Cuando Pilato conoció estas noticias que su mujer le enviaba, todo asustado y sabedor de que era un santo hombre y justo y no conocía de él ningún delito, se esforzó por librarlo de alguna manera, pues bien conocía que era sin culpa, *nichil tibi ex justo* etc. [no te metas con ese justo..., Mt 27,19]. “Conozco bien -dijo Pilato a los judíos- que este hombre no tiene culpa, porque es justo e inocente, porque si tuviera alguna cosa por la que debiera morir, Herodes no me lo hubiera mandado”. Entonces los judíos comenzaron a gritar fuertemente, diciendo: “Nosotros tenemos una ley que tú has jurado guardar: que nadie debe nombrarse rey si no lo manda el emperador César; y si alguien lo hace, digno es de muerte’

Y cuando Pilato vio que de esta manera no le podía librar y viendo que no había bachiller ni licenciado ni doctor que le explicase si había derecho o no, y que todos estaban contra él, se esmeró de otra manera a ver si lo podía librar por gracia, pues los judíos tenían un privilegio del Emperador de Roma que cada Pascua pudieran librar a algún malhechor a pesar del gran crimen que hubiese cometido, aunque fuese un crimen de lesa majestad que es un gran crimen. Entonces Pilato les dijo que como era costumbre aquel día librar un prisionero, él libraba a Jesús Cristo, porque tenían ese privilegio desde que habían sido librados de la esclavitud de Egipto. Viendo Pilato que no lo podía librar por justicia, se esforzaba de librarlo por gracia. Les dijo a

los judíos: “Vosotros sabéis que [podéis] librar, como privilegio del día de Pascua, a un hombre de la cárcel aunque haya cometido un gran crimen y vosotros podéis pedirme que ese hombre sea Jesús. Y no podéis pedir otro mejor, pues él es un hombre justo, recto y santo, y yo os lo daré voluntariamente”. Cuando el “poble menut”<sup>41</sup> escuchó lo que decía Pilato, instruido por los mayores<sup>42</sup>, comenzó a gritar como desesperados en voz alta: “¡No queremos al alborotador, sino a Barrabás!”, el cual había hecho muchos males. Y Pilato les respondió: “No pido aquel que es tan criminal, sino que os pido este, que es hombre justo, santo y tantos milagros ha hecho”. “Quita -dijeron ellos-, nosotros queremos no a aquel, sino a Barrabás”. “Y ¿por qué- dijo Pilato- no queréis a este?”. “Porque -le dijeron ellos- este es un homicida y alborotador y hombre de mala vida, y por eso queremos a Barrabás”.

Y cuando Pilato vio que no podía librarlo por este camino, adoptó otra manera, es a saber por la misericordia. El sabía bien que el pueblo tenía una gran envidia contra él y se hizo la reflexión de que cuando un hombre grande tiene envidia sobre otro y este último tiene una gran adversidad, su adversario le da misericordia; así él pensaba que si pedía a los judíos que hicieran de Jesús Cristo lo que le complacía, tendrían con él misericordia. Y por eso Pilato hizo venir secretamente a Jesús Cristo a su habitación y le dijo: “Yo sé bien que eres justo y santo e inocente de lo que los judíos te acusan y veo que no te puedo librar por gracia, quiero librar te por misericordia, y quiero esforzarme para ver de qué manera te puedes escapar; por eso te pido que tengas paciencia. Pero que sepas que serás azotado, golpeado, herido y coronado de espinas y te harán otros vituperios. Por eso te ruego que lo tomes con paciencia y no enfades te conmigo, con tal de que después ellos te tengan compasión y misericordia de ti”. Y Nuestro Señor Jesús Cristo no hablaba nada, queriendo decir: “Haz lo que quieras de mí. *Quid vis ego paratus sum* [como ves yo estoy preparado]”.

---

<sup>41</sup> El “poble menut” en las ciudades medievales era el estamento social compuesto por trabajadores y gente poco privilegiada, contrapuesto al “poble gras”.

<sup>42</sup> Mayores como sinónimo de jefes (“pontifices et ministri”, Jn 19,6).

Entonces los judíos lo cogieron y lo desnudaron atado a una columna, las manos atadas por detrás, le golpeaban tanto y lo hirieron por todas partes de su precioso cuerpo que hicieron correr sangre, pues los judíos le daban aquellos azotes tan crueles y sin ninguna merced ni compasión como veis. Y Jesús tomaba todo eso con paciencia y no hablaba nada. Y cuando la habían golpeado tan cruelmente, le pusieron una corona de espinas de juncos amargos sobre la cabeza y le colocaron una caña en la mano y de esta manera se lo mostraron a los otros judíos y a Pilato, diciéndole: “¡Ved cómo lo hemos preparado! Pues como decía ser rey, nosotros le hemos puesto corona de rey, vestidura de rey y el cetro real”. Y entonces Pilato les dijo: “Tened ahora piedad y compasión de él, pues veis que no es ni loco ni bestia, sino que es como uno de vosotros”. Pilato hacía esto para ver si los judíos se convertían a la misericordia. Entonces el pueblo, que es muy cruel, no contento con los tormentos y vituperios que habían hecho a Jesús Cristo, gritó en voz alta: “*Tolle, tolle, crucifige eum* [Quita, quita crucifícale: Jn 29,15]”, queriendo decir: “Pilato, crucifícalo, pues no nos basta con estos tormentos”.

Cuando Pilato vio que no lo podía librar por misericordia, ni por justicia, ni por gracia, él tenía otra manera para librarlo, a saber por vergüenza. Y así cuando los judíos le decían que lo crucificase, él les decía: “¡Cuánta vergüenza para vosotros habrá si crucifico a vuestro rey!, porque otros dicen que es vuestro rey y si lo crucifico apareceréis ante el mundo con mucha vergüenza”. Y los judíos entonces gritaron en voz alta: “No queremos a otro rey sino a César y si a este lo dejáis marchar y no lo crucificáis, es que no eres amigo de César y nosotros le mandaremos cartas diciendo que tú quieres poner otro rey en Judea”. Cuando Pilato vio que los judíos querían enviar recado a César y que cuando él se enterase, le privaría de su oficio; y no queriendo perder el oficio y el honor que tenía, sentenció contra justicia y verdad. Y ved el daño pues dijo: “Yo me lavo las manos, pues este es justo y santo inocente”. Y entonces Pilato hizo traer agua en una jarra y una toalla, y dijo delante de todos: “Yo me lavo las manos de este pecado, tomadle vosotros y haced según vuestra ley”.

Ved cómo Pilato tenía una contradicción en sí mismo pues por una parte juzgaba que era santo e inocente y por otra se lo entregaba a los judíos para que lo mataran. Y ved cómo Nuestro

Señor Jesús Cristo fue condenado por cuatro juicios porque después que Adán comió del fruto, por el cual fue sometido y obligado a los cuatro elementos naturales, a saber: el fuego, el aire, el agua y la tierra, así como fue sometido a cuatro complejos corporales y a sus cuatro condiciones contrarias. Asimismo fue Nuestro Señor y Salvador condenado por cuatro jueces. Y ved también como era conveniente y urgente que él debiera ser condenado por cuatro jueces. Y ved la autoridad: “*Vere in civitate ista adversus sanctum puerum tuum sanctum Jhesum, quid [por quem] unxisti, Herodes, et Poncius Pilatus, cum populis Israel [Hch 4,27]*”. Verdad es que permite en la ciudad de Jerusalén que su hijo Jesús Cristo sea juzgado por Pilato y los gentiles y el pueblo de Israel.

#### 4.- *La compacio social*

El cuarto punto referente a la santa y sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesús Cristo es que fue una *passio social*: que no solamente quiso sufrir su Pasión, sino que además quiso ser condenado y acompañado por dos ladrones, que tuvieron su parte en la Pasión. Y mirad la conveniencia de esto: porque Adán fue expulsado fuera del Paraíso y así mismo Eva su compañera, que era virgen, por eso mismo Nuestro Señor no quiso estar solo, sino acompañado de su santa y bendita madre que sufrió grandes injurias, dolores y blasfemias.

Vayamos a lo concreto. Cuando la sentencia fue dada por Pilato contra Jesús Cristo, la Virgen María no lo seguía todavía, porque ella se levantó a media noche y además de la oración y hacer obras espirituales, decir oraciones y hacer contemplación, después leía algunas páginas en la Biblia. Y cuando todo eso lo acabó de hacer, fue de día, y a plena luz quiso ir al Templo para visitarlo y hacer oración, y escuchar algún sermón de su bendito hijo. Y a Santa María Magdalena y a las otras mujeres buenas y devotas, les dijo: “Hijas mías, ya es de día. Vamos al Templo y haremos oración y escucharemos el sermón de mi hijo”. Y Santa María Magdalena, que sabía bien lo ocurrido, quería que la Virgen María no saliera fuera de la casa, le dijo: “Bendita Virgen María, hay que preparar la comida para vuestro hijo y para sus

discípulos; si queréis nos quedamos aquí y después iremos allí”. Eso se lo decía a fin de que no viera la Pasión de su bendito hijo, pues sabía que no encontraría remedios para consolarla si estuviera fuera de casa. Y la Virgen María le dijo: “¡Oh María Magdalena! ¡qué me dices! hoy es el día de Pascua ¿y no vamos a subir al Templo para hacer oración y para escuchar el sermón de mi hijo? Vamos ya, que luego habrá bastante tiempo y bastantes servidores para preparar la comida”. Y la Virgen María mandó a las sirvientas y les dijo: “Hijas mías, preparad vosotras la comida y poned la mesa y que todo esté preparado para cuando vengamos de escuchar el sermón de mi hijo”. Y cuando la Virgen María decía esto, Santa María Magdalena lloraba y la Virgen María le preguntó por qué lloraba, y ella le respondió: “Virgen María, tengo que llorar mucho porque yo soy una pecadora y vos una virgen bendita, y vos no debéis llorar, pero yo sí”. Y para complacer a la Virgen María, le dijo que voluntariamente iría en su compañía al Templo.

Y ellas se pusieron en camino con sus capas, muy recogidamente como personas devotas. Santa María Magdalena iba a una parte y Santa Marta a la otra y Nuestra Señora en medio de las dos. Y esto lo hacían para que nadie le dijera nada ni le hablase nada sobre la Pasión que sufría su bendito hijo y subían camino del Templo. Y cuando estaban dentro, vieron que no hacían ningún oficio ni ninguna celebración solemne como acostumbraban hacer si había alguna persona. Y cuando la Virgen María vio eso, se quedó toda maravillada y le dijo a Santa María Magdalena: “¿Cuál puede ser la causa -dijo ella- que hoy no se haga ningún oficio en el Templo y que tampoco esté mi hijo? Un gran mal -dijo ella- presiento en el corazón”. Y Santa María Magdalena le dijo: “Señora, no penséis así, pues a lo mejor han llegado algunas cartas de parte del Emperador a los regidores de la ciudad y por eso no pueden dedicarse a decir los oficios. Pero por favor, Virgen María, volvámonos a casa”. “¿Y cómo -dijo la Virgen María- vamos a regresar a casa sin escuchar el sermón? Esperemos -dijo ella- un poco más”. Santa María Magdalena y Santa Marta no se atrevían a decirle nada a la Virgen María. Ella decía: “Gran pesar tengo en el corazón, pues tengo miedo por mi hijo porque haya cometido algo inadecuado, pues él solía venir cada día al Templo y más en este día de Pascua”. Y Santa María Magdalena le dijo: “Virgen bendita, vuestro corazón es tan

dócil y tan enamorado de vuestro hijo que no lo podéis olvidar, pero no te preocupes que él pues estará en alguna plaza predicando o haciendo milagros, como acostumbra a hacer. Por favor, no os atormentéis”. Y entonces se volvió a casa. Santa María Magdalena lloraba y se limpiaba los ojos. Y así como volvían y pasaban por la calle, la gente miraba a la Virgen María y, al oír la trompeta <sup>43</sup> y la sentencia que hacían a su bendito hijo, decía: “Esta es la madre de aquel que han sentenciado”. Cuando Santa María Magdalena veía eso, les decía que se callasen o les hacía señal de que la Virgen María no lo sabía ni lo comprendía. Y lo hicieron de tal manera, que la dejaron en casa. Cuando llegaron a casa, ella preguntó a las sirvientas si su hijo había venido, o San Pedro, o algún otro. Y ellas le dijeron que no. Entonces la Virgen María se inclinó sobre la mesa y se dijo a sí misma: “¡Oh desgraciada! ¿qué haré?”. Y lloraba por no saber noticias de su hijo sobre la mesa que estaba preparada.

Y así como la Virgen María estaba tan triste y desconsolada, vio venir a San Juan con la capa toda rota y la ropa toda alborotada, y entró por la puerta y gritó a los pies de la Virgen María, diciéndole: “No prepares nada de comer que no hace falta, porque vuestro bendito hijo está preso, atado y condenado a muerte; y si le queréis ver, venid de prisa, que yo sé el camino por donde lo llevan a crucificar”. Y en cuanto la Virgen María oyó estas palabras, cayó a tierra como muerta. Y Santa María Magdalena le dijo: “¡Oh, desgracia! ¿qué haremos si el hijo y la madre mueren juntos?”. Y le descubrieron la cara y los brazos para que se no se muriera, y le decían: “¡Oh bendita Virgen María, ten piedad!. Debes tener paciencia y así como consuelas a otros, debéis consolaros vos misma, porque vos, mujer, sabías que esta Pasión ha sido ordenada para la salvación del mundo y sabéis bien que los profetas la habían profetizado y por eso debéis de tomar fortaleza y consolación”. Y entonces la Virgen María se levantó y dijo: “Menester es que yo vaya a donde está mi hijo, que lo vea y hable con él, pues quiero morir con él”.

San Juan la tomó de una parte y Santa María Magdalena de la otra, pues parecía más muerta que viva. Todos aquellos que

---

<sup>43</sup> Se refiere a la trompeta del pregonero, del que anunciaba la sentencia.

estaban en la calle los reprendían diciendo: “¿Porqué la lleváis allá? pues en cuanto vea la sentencia de su hijo, morirá de dolor”. Entonces San Juan y Santa María Magdalena la quisieron devolver a casa y la Virgen María les dijo: “Llevadme a donde mi hijo, que yo lo vea una vez, porque quiero morir con él”. Y cuando la llevaban, se oyó la trompeta del que anunciaba y decía así: “Esta es la sentencia del traidor Jesús, blasfemo que dice es Hijo de Dios y se llama rey de los judíos; y por eso la sentencia es que sea crucificado”. Cuando la Virgen María escuchó este anuncio, dijo muy dolorosamente: “¡Oh desgracia! Mi hijo no es traidor ni blasfemo, sino que es el Salvador de todo el mundo”. Y les dijo a San Juan y a Santa María Magdalena que la llevasen más adelante, y así vio como los llevaban.

Al ver a uno de los ladrones que llevaban a crucificar, lo miró por si era su hijo y cuando vio por su cara que no era, dio gracias a Dios y le dijo a San Juan: “Este no es mi hijo”. Y San Juan le dijo: “Ahora vendrá, el que lleva la cruz sobre el cuello y miradlo que por ahí viene”. Y cuando Jesús Cristo pasaba por delante de su bendita madre, ella casi no lo reconocía porque estaba tan desfigurado por los tormentos y por la angustia que había pasado y por la multitud de sangre que había derramada por todo el cuerpo, que apenas se le conocía y tenía la cara toda inflamada y toda mortificada y la barba toda mesada y así de terriblemente desfigurado estaba cuando la Virgen María lo miraba y no lo reconocía nada. Y ella dijo: “Este no es mi hijo”. Y San Juan le dijo: “Virgen bendita, este es vuestro hijo”. “No puede ser”, dijo ella. “Señora, sí puede ser -dijo él-. Ese es vuestro hijo Jesús Cristo, el que vos santamente habéis concebido en vuestro vientre”. Y Nuestro Señor Jesús Cristo tuvo compasión de su bendita madre y giró la cara hacia otra parte a fin de que no lo reconociese. Y así como ella lo miró muy afectuosamente, ella lo reconoció y se tiró a sus pies y le decía: “¡Oh bendito hijo mío, señor y salvador de todo el mundo!. ¿Puede esto ser así, que os traten con tanta violencia?”.

Nuestro Señor estaba tan cansado que apenas podía llevar la cruz. Y ella le decía: “¡Oh hijo mío! Os llevé nueve meses en mi vientre, así yo os ayudaré a llevar la cruz”. Y el dolor y el llanto que tenía eran tan grandes que aquellos que estaban alrededor de ella también lloraban por la gran compasión que tenían.

Entonces Nuestro Señor Dios Jesús Cristo volvió la mirada hacia aquellos que lloraban con la Virgen María y les dijo: “Hijos de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotros y por vuestros hijos, porque vendrá un tiempo que diréis bienaventurados aquellos vientres que no engendraron, ni dieron a luz, ni dieron de comer”. Cuando la Virgen María oyó estas palabras, dijo: “Ya ha venido el tiempo -dijo ella- que me solía llamar madre, y donde me llamara estaba para cuidar mi hijo”. El llanto y el dolor de la Virgen María eran tan grandes, que todos aquellos que estaban alrededor de su hijo también tenían un gran compasión de él.

La debilidad de Jesús Cristo y el peso de la cruz eran tan grandes que apenas podía caminar. Y cuando los judíos vieron que Jesús Cristo casi no podía caminar, encargaron a un hombre que le ayudase a llevar la cruz para terminar más rápidamente. Nuestro Señor Jesús Cristo por compasión con su bendita madre, les dijo a San Juan y a Santa María Magdalena que la recogiesen en alguna casa a fin de que no viese los dolores con que atormentarían y crucificarían a su hijo. Y tomaron a la Virgen María y la llevaron a una casa y los otros llevaron a Jesús fuera de la ciudad de Jerusalén para crucificarlo. Y de esta manera fue guiado fuera de Jerusalén, sufriendo con insultos y otros grandes vituperios que le hacían.

La Virgen María que tenía tanto dolor que no podía estar de ninguna manera y por eso les dijo a San Juan y Santa María Magdalena que la llevasen con su hijo y ellos por complacerla, la llevaron al Monte Calvario donde estaba su hijo.

Ved aquí vosotros la conveniencia y necesidad de la Pasión de Nuestro Señor Jesús Cristo pues así como Adán y Eva, su esposa, fueron llevados fuera del Paraíso, de esa misma manera quiso ser llevado Jesús Cristo con la Virgen María fuera de la ciudad de Jerusalén. Y por eso podemos decir las palabras de Tobías [10,5] que la madre de Jesús Cristo lloraba tantas lágrimas que no tenía ningún remedio por la compasión que tenía por la Pasión de su bendito hijo. Y ved asimismo la cuarta cosa que decía el tema: “*Expedit unum hominem mori pro populo etc* [Jn 18, 14]. Era una cosa conveniente que un hombre muriera por todo el pueblo”. Ahora veremos la quinta parte.

### 5.- La *mort corporal*

El quinto punto se refiere a que la santa y sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesús Cristo fue *mort temporal*, porque temporalmente murió y estuvo tres días muerto y por eso se denomina muerte temporal y era necesario y conveniente que fuese así, porque no solamente Adán por el pecado que hizo fue expulsado fuera del Paraíso terrenal, sino que tuvo que someterse a la muerte y todos aquellos que vendrían después de él, y por eso se dice: “*Statutum est hominibus semel mori* [Hb 9,27]”; está instituido y afirmado desde aquella vez que todo hombre muere. Y por eso Nuestro Señor Dios Jesús Cristo quiso morir como hombre y así corresponder a la muerte de Adán.

Y así como los judíos llevaban a Jesús Cristo a la muerte, ved vosotros la gran multitud que viene de una parte y de otra para ver aquella sentencia pues, cuanto más grande fue su forma y manera en las predicaciones y milagros que hacía y la santa vida que tenía, tanta más era la gente que voluntariamente iba a ver su muerte y su Pasión. San Juan y Santa María Magdalena llevaban a la Virgen María a donde su Hijo iba a ser crucificado, pero no se pudieron acercar del todo por más lástima que la Virgen María daba por la gran pena que tenía y que veían aquellos que habían ido a verlo.

Estando Nuestra Señora soportando aquella pena tan dolorosa, los judíos dijeron a su hijo que se desnudase, quedando desnudo del todo. ¡Halláis cuánta crueldad era hacerle despojar quedando desnudo del todo el rey de todo el mundo, pues a un ladrón cuando le prenden todavía le dejan algún vestido, pero a Jesús no le dejaron ninguno. A Jesús Cristo por el contrario se le despojó, como si quisiera decir: “Yo no he poseído nada en este mundo ni siquiera esta vestidura, para que aprendáis todos que no poseo nada”.

Había cuatro siervos ejecutando la muerte de Jesús Cristo y ellos cogieron su vestidura, que me parece que era de tres piezas: dos las rompieron en pedazos y como la tercera era una tú-

nica, que usaba más y que era inconsútil ya que su bendita madre la había hecho a punto de aguja a modo de un birrete sin costura, pues la bendita señora sabía trabajar muy bien con las manos. Jamás Nuestro Señor se había despojado de aquella túnica, pero de los otros vestidos sí según iba creciendo; por amor a su bendita madre, que se la había hecho, él no se la quería quitar. Y cuando los siervos vieron que aquella túnica no tenía costuras, no la quisieron romper y dijeron: “Si cortamos en pedazos esta túnica, no servirá a nadie, por tanto echémosla a suerte a ver a quién le toca”. Y la suerte cayó sobre uno de los sirvientes y él inmediatamente la entregó a un criado para que la llevase a su casa y le dijo que tuviese mucho cuidado y que no la dejase a ninguna persona del mundo. Y el criado la cogió, se la puso al cuello y la llevó a la casa. Y así como la llevaba, pasó por delante de la Virgen María e inmediatamente ella vio que aquella era la túnica de su bendito hijo, y dijo: “¡Oh desgracia, yo no la había tejido para que la llevase un criado, sino para que la llevara el Rey del Paraíso!”. Y la Virgen María dijo al criado: “¡Oh, hijo mío! te ruego que me des esta túnica que yo te daré mi manto”. Y el criado le contestó: “Realmente, señora, yo no lo haría por nada del mundo”. Y Santa María Magdalena para complacer a la Virgen María, le dijo al criado: “Te ruego encarecidamente que me la cambies a mí y yo te daré mi manto, que vale más que el suyo”. “Sabed -dijo el criado- que no la daría aunque me ofrecieras mil florines, ni por otra cosa del mundo, porque mi maestro me lo ha mandado expresamente”. Y cuanto vieron bien que no la podían tener, Santa María Magdalena le dijo a la Virgen María que tuviese paciencia porque “yo le daré tanto como vos queráis que es su coste”. “No hace falta -dijo la Virgen María- que ya tengo bastante recuerdo de esta túnica y tengo más dolor y tormento por perder mi hijo y de la tristeza que tengo no puedo más. Pero, Señor, que se haga tu voluntad”. Y se quedó el asunto como estaba al principio.

Entonces los judíos dijeron a Jesús Cristo que se acostara sobre la cruz así todo desnudo, todo golpeado y con todas las heridas como estaba. Y Nuestro Señor sin más lo hizo voluntariamente. Puedes imaginar cuál fue el dolor y la tristeza pues la madera de la cruz era tan áspera que se escondía y se adentraba por todas las llagas que eran muy numerosas y dolorosas.

Le dijeron que extendiese una mano y él lo hizo, y le clavaron la palma de la mano a la cruz. Y cuando daban los golpes con el martillo, la Virgen María los escuchaba y decía: “¡Oh, qué desgracia! ¡Le hacen esto a mi hijo!”. Y ella se subía a la piedra para ver, pero la multitud de la gente era tan grande que ella no lo podía ver. Después le dijeron a Jesús Cristo: “Trae aquí la otra mano”. Y él la dio y se la clavaron con otro gran clavo con grandes golpes de martillo; y después le clavaron otro con los pies. Jesús Cristo aceptaba todo con paciencia y no decía palabra, sufriendo aquellos inexplicables y terribles dolores, que ningún hombre vivo puede no tener compasión y dolor pues nosotros no sufriremos como él sufrió.

Cuando lo acabaron de clavar, levantaron la cruz toda derecha y Nuestro Señor dijo estas palabras: “Padre bendito mío, por favor perdonad a este pueblo, porque no saben lo que hacen, pues lo hacen por inconsciencia” [cf. Lc 23, 34]. Ahora podéis pensar cuánta caridad era esta de que Jesús Cristo nuestro creador y salvador rogase a su Padre por sus enemigos que le habían preparado así para morir, diciendo que no sabían lo que hacían. Y todavía más, decía Jesús Cristo: “¡Oh, Padre mío! No procedáis por el rigor de la justicia, sino por la dulzura de la misericordia”. ¡Oh, desdichado! cuánta caridad es esta por el pecador.

Y cuando la bendita Virgen María elevó sus ojos y vio a su bendito hijo colgado y pendiente en la cruz y así horriblemente atormentado y crucificado y coronado de terribles espinas sobre su cabeza, podéis imaginar qué dolor y qué tristeza inestimable era aquella de la bendita Virgen María porque lo vio en aquel estado y cayó a tierra como muerta por las grandes penas que le dificultaban respirar. Cuando se repuso un poco, quiso ir a dónde estaba su bendito hijo y cuando ella trataba de ir, no se podía sostener del gran dolor y angustia que tenía. San Juan y Santa María Magdalena la cogieron y la llevaron a los pies de la cruz, y le dijeron a Jesús Cristo: “¡Señor! mirad aquí a vuestra bendita madre que está muy triste y dolorosa. ¡Por favor, que haya piedad y compasión de ella!”. Y la bendita señora decía: “¡Oh, mi querido hijo y señor y salvador de todo el mundo! ¿cómo puede ser esto que estéis así lacerado y vituperado por los pecadores de este mundo? ¡Oh, qué dolor! ¿qué haré yo ahora que me quedo

sin hijo y sin señor? ¡Oh qué desgracia! ¿qué consolación habrá en mi corazón, sino todo dolor y tristeza? ¡Oh mi querido hijo bendito! os suplico humildemente por el honor y por la reverencia de aquel amor con que yo os llevaba, no me queráis desamparar y que por favor me muera así como vos”. Y diciendo estas palabras con tanto dolor y tristeza que pesaban sobre su cuerpo, ella caía a tierra como muerta, pues tan grandes penas no las podía soportar. Y cuando ella retornaba en sí, volví a sus llantos y dolores, mientras que los judíos que estaban alrededor tenían piedad y compasión. Y la bendita Virgen María se abrazaba a la cruz y la besaba muy dolorosamente y San Juan la consolaba tanto cuanto podía, y le decía: “¡Oh Virgen bendita! no os comportéis tan desconsolada, porque Dios ha ordenado esta Pasión para nuestra salvación”. Y estando la Virgen María al pie de la cruz llorando y suspirando, tenía todo su velo lleno de sangre por las gotas que caían de las heridas de su bendito hijo. ¡Oh desdichado! ¿qué corazón de criatura podría estar que no tuviera compasión y piedad oyendo estas palabras y viendo esta horrible e incomparable Pasión del bendito Hijo de Dios, nuestro salvador y señor de todo el mundo? ¡Oh desdichado! ¿qué dolor y tristeza inestimables podía tener aquella bendita Virgen María cuando veía caer las gotas de sangre sobre su cabeza y qué maravillosa era que el corazón no le explotaba del todo y no moría de todo eso? Y puedes imaginar qué repercusión podrían tener las palabras y las lamentaciones que la Virgen María dirigía a su Hijo estando en el árbol de la verdadera cruz, que no hay corazón de hombre que pudiese escuchar y no tuviera piedad y dolor.

El buen ladrón, que estaba en la parte derecha, había escuchado cómo Jesús Cristo había suplicado a su Padre por aquellos que le crucificaban y le atormentaban, se le conmovió el corazón y dijo: “Si tú le pides perdón, también te perdonará como quieres que los otros sean perdonados”. Y llorando y suspirando y con una gran contrición, él rogaba a Nuestro Señor Jesús Cristo así: “*Memento mei, Domine, dum veneris in regnum tuum* [Lc 23,42]”; Señor, por favor vuélveme a perdonar y no me olvides cuando estés en tu reino en el día del juicio. E intercederéis por mí: ¿no es el ladrón que me acompañó el día de mi Pasión? Y yo diré: Señor, yo soy”. Y Nuestro Señor Jesús Cristo le dijo: “*Amen, amen. Dico tibi hodie mecum eris in Paradiso* [Lc 23,42]”. Yo te digo que verdaderamente hoy estarás conmigo en el Paraíso. Mi-

rad cuánta misericordia y piedad tuvo de él el bendito Señor, que cuando el ladrón dijo: “Perdóname, Señor”, él le atrajo a la gloria y a la salvación sin hacer ningún castigo por sus pecados.

Cuando la Virgen María muy dolorosa vio que su bendito hijo hablaba así dulcemente con el ladrón, le dijo: “¡Oh, bendito hijo mío! ¡vos habláis así al ladrón y conmigo no habláis nada! Por favor, habladme antes de vuestra muerte y me llevaré algo de vos, pues tú eres mi amor y consolación. Y si tú, hijo mío, no queréis darme algo que me conforte, yo me quedaré sola y desesperada”. Y Jesús Cristo para confortar a su bendita madre, sabiendo que amaba mucho a San Juan, que era su sobrino, y sabía que era joven, devoto y casto, le dijo: “*Ecce filius tuus*” [Jn 19,26]. Bendita madre mía, este será vuestro hijo. Mostrando así a San Juan ¡con cuánto honor y reverencia él la servía y la honraba!. Por eso, le dijo, sírvela tu así ante el honor y reverencia como yo lo he acostumbrado a hacer. Y San Juan le dijo: “Señor, yo lo haré voluntariamente, pues un gran honor y gracia me hacéis”. Y la Virgen María podía bien decir a su hijo: “¡Desdichada! qué pequeña es la consolación que me dejáis en vez de la vuestra, pues vos que sois creador me dejáis a una criatura del mundo, y vos que sois salvador me dejáis a un pecador mortal, y vos que sois señor sobre todo me dejáis a un servidor. Pero como esto es lo que os place, yo lo tomaré por hijo y le amaré tanto como al otro”.

Jesús Cristo, vio el dolor de su bendita madre y de Santa María Magdalena y de San Juan, y vio asimismo que todos los discípulos y apóstoles que le seguían estaban huidos y desamparados. Él mirándose sólo y desamparado por todos, dijo: “*¡Hely, Hely lamat zabatani!*” [Mc 15,34], que quería decir: ¿Dios, Dios mío, porque yo estoy así desamparado?. No es que estuviese desamparado de la divinidad ni de Dios Padre, pero sí por su bendita madre que moría de dolor por él y por los otros apóstoles y discípulos que estaban desconsolados y perderían la fe. La Virgen María le dijo: “Hijo mío, vos no estáis desamparado del Padre ni del Santo Espíritu; pero yo sé bien que desde ahora en adelante estaré sola y desamparada por aquellos que me hacían honor y reverencia por amor a vos, pues ahora no harán así conmigo. Me puedes tener por triste y desconsolada, porque jamás habrá consolación y alegría en mi corazón”.

Y Nuestro Señor Jesús Cristo, sufriendo aquellos terribles tormentos que soportaba y había soportado y la multitud de sangre que había perdido y el gran calor del día, dijo: “*Cicio*” [Jn 19,28]; yo -dijo- tengo una sed grande. Quería decir que tenía un gran afán de salir de aquella Pasión y de bajar a los infiernos y quitar a sus amigos, y de subirse a su reino del Paraíso. Y la Virgen María entonces le dijo: “¡Oh, hijo mío!, yo no tengo ni vino ni agua que pueda darte, sino es la de mis lágrimas”. Santa María Magdalena oyendo estas palabras, fue a que le prestasen agua, pero no podía encontrar a nadie que se la diera, y se dijo a sí misma: “Si voy corriendo a la ciudad a por agua, mientras tanto, él habrá muerto”. Entre tanto vinieron los judíos, que le prepararon un brebaje amargo, que era de hiel, azúcar y vinagre todo mezclado, pero Nuestro Señor no lo quiso tomar. Entonces Jesús Cristo dijo: “*Consummatum est*” [todo está cumplido, Jn 19,30] .Todas las obras -dijo- que yo tenía que hacer antes de mi muerte, ya están acabadas y cumplidas para la salvación del linaje humano. Y la Virgen María elevando entonces los ojos, le dijo: “¡Oh hijo mío!, ahora conozco bien que se ha cumplido la profecía de Simeón que me decía que sería como una gran espada que atravesaría mi alma <sup>44</sup>”. Entonces era cerca de la hora nona. Y Nuestro Señor Jesús Cristo gritó un fuerte grito. Y San Juan dice que así como gritó, él resguardó a la bendita madre que lloraba con grandes lágrimas, y dijo: “*Pater, in manus tuas, Domine, commendo spiritum meum* [Padre, en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu, Lc 23,46]; diciendo a su bendita madre: “Madre, ¡queda con Dios, estad en la gracia de Dios!, pues yo me voy a la derecha de mi Padre”.

Y la Virgen María, viendo que ya había muerto y que era viuda de su hijo y esposo, se vistió con todas las ropas negras. Cuando Nuestro Señor Jesús Cristo llegó en espíritu al Padre, para dar alguna consolación a su bendita madre y para que no muriera ni de dolor y ni de tristeza, le quiso dar algún consuelo. Y el primer consuelo que le dio fue cuando el lancero se convirtió a él, se dijo la Virgen María: “Ahora comienzan los frutos de mi bendito hijo”. El segundo consuelo y consolación de la Virgen María fue cuando el Centurión se convirtió a él, quien dijo: “*Vere*

---

<sup>44</sup> Se refiere a Lc 2,35.

*filius Dei erat iste* [No hay duda de que este hombre era inocente, Lc 23,47]. El tercer consuelo fue cuando el pueblo menudo, que estaba alrededor de la cruz, lloraba y se daba golpes de pecho, recordando los signos que habían ocurrido en su muerte, y decía: “¡Oh, desgraciados! ¿qué haremos? En mala hora hemos nacido, porque a Nuestro Señor y Salvador lo hemos matado”; y por ello dejó todos los colores claros y se vistió de negro, haciendo compañía a la Virgen María que estaba vestida de negro. El otro consuelo fue cuando los monumentos funerarios se abrieron y las cortinas del Templo se partieron en dos partes. Y el otro consuelo fue la resurrección de los muertos. Sabed que fueron grandes consuelos y gran consolación estos milagros para la bendita Virgen María.

Ved que la muerte de Jesús Cristo Nuestro Señor y Salvador fue tan cruel y tan dolorosa para remediar y salvar a todo el humano linaje, ya que la más pequeña gota de su preciosa sangre bastaba para remediar a todos los creyentes y obedientes a él por virtud de su divinidad y por el valor y la santidad de su humanidad, pues él se quiso someter a la muerte porque era conveniente y necesario que así fuese hecho. Y así se cumple la profecía de Isaías que decía: “*Tradidit in morte animam suam et cum sceleris deputatus est* [se entregó su alma a la muerte y fue contado entre los pecadores, Is. 53,12]. Nuestro Señor Jesús Cristo libró su alma y su vida de la muerte y sus enemigos han estado acompañados de los pecadores. ¿Y porque quiso él estar acompañado de dos ladrones enemigos? Por eso todo hombre y mujer tienen un buen ángel en la parte derecha y uno malvado en la parte izquierda. Y por eso era necesario y conveniente que él muriera de esta manera.

## 6.- La *sepultura terrenal*

El sexto y último punto que ocurrió en la santa y sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesús Cristo fue la *sepultura terrenal*, porque en cuanto murió, su cuerpo fue llevado al sepulcro muy honorablemente: su alma fue al Limbo y su cuerpo fue a la tierra. ¿Sabéis por qué? Era necesario y conveniente que fuese así porque el hombre por el pecado vuelve a morir a la tierra, como

dice la autoridad: “*Revertas ad terram de qua sumptus es, quia pulvis es et in pulverem recerteris* [Gn 3,19]”; te conviene que a la tierra vuelvas porque de la tierra viniste y a la tierra volverás. Y por eso Nuestro Señor Dios Jesús Cristo quiso ser enterrado, no sólo en el sepulcro, sino también que su alma fuera al Limbo, al lugar medio de la tierra.

Ahora veamos en la práctica eso de que Jesús Cristo Nuestro Salvador al ser crucificado, les dio miedo y temor a los judíos de que resucitase y se dijeron: “Si este hombre Jesús se baja de la cruz, nosotros tendremos más males que antes”. Por eso se fueron donde Pilato y le rogaron que, como la fiesta [de la Pascua] era tan solemne, que no sería bueno dejarlos en la cruz, sino que alguno de los siervos le rompiesen las piernas para que muriera más pronto. Los judíos no lo hacían por otro motivo sino para que Jesús Cristo no pudiera todavía escapar, pues al tener rotas las piernas él no podría irse a predicar. Y Pilato le dijo a alguno de los criados que fueran a romperle las piernas para que muriese más pronto. Y cuando los judíos vieron que Nuestro Señor Jesús Cristo ya había muerto, dijeron que sería una gran crueldad, pues estaba muerto, que se le rompiesen las piernas “pues nuestro Señor no nos lo manda hacer según nuestra ley”. Y los otros judíos que veían todo esto, decían: “Por maldad no lo hacen. ¿qué haremos pues -decían ellos- para saber si está muerto o vivo?”.

Entonces vino un caballero que era ciego, que se llamaba Longino y agarrando una lanza, dijo: “Aguardad que yo lo hiera y con seguridad yo le meteré la lanza en un lugar que le haga una herida”. Y la metió en el costado de Jesús Cristo, diciéndole: “¡Ahí va la lanza!” y se la clavó. “*Et aperuit latus eius*” [Jn 19,34]; y le abrió todo el costado. Y no dice *vulneravit* [hirió], sino *aperuit* [abrió], pues el hierro de la lanza era tan grande que le abrió todo el costado. Y así como Longino, el caballero, lo tocó, salió del costado de Nuestro Señor dos ríos, uno era de sangre natural y el otro de agua viva. Y eso significaba que su Pasión tenía dos efectos, pues la sangre significaba la redención del linaje humano y el agua significaba el baño y el lavado de los pecadores, es a saber el bautismo. Así se dice: “*Non enim sumus redepti auro et argento, sed precioso sanguine quasi agni incontaminati et immaculati Christi*” [no habéis sido rescatados con oro y pla-

ta, sino con la preciosa sangre de Cristo, como cordero incontaminado y sin mancha, 1 P 1,18-19]; que quiere decir que nosotros no somos rescatados ni por oro, ni por plata, ni por cosa corruptible, sino que somos redimidos por la preciosa sangre de Jesús Cristo, el cual es todo puro y sin ninguna mancha, y con el agua hemos sido salvados y lavados de todos nuestros pecados, porque el agua significaba el santo bautismo. Por eso Jesús Cristo quiso y permitió que de su costado en aquella significación saliese sangre y agua. Pero también podéis imaginar el hermoso el milagro que hizo a Longino cuando le abrió el costado con su lanza, pues con la sangre y el agua que cayó por la lanza, él se tocó los ojos y al instante recobró la vista y vio claramente como jamás lo había hecho. Y entonces Longino se inclinó y dijo: “*Vere filius Dei erat iste*” [Mt 27,54]; ¡verdaderamente este era Hijo de Dios. Y creyó en él. Y cuando todos los otros vieron aquel hermoso milagro, no sabían qué decir, pues estaban todos aturdidos. Podéis pensar también qué dolor y qué tristeza podía tener la Virgen María en su cuerpo cuando observaba aquella terrible llaga del costado, siendo de admirar que el cuerpo y el alma no se le partieran a pesar de que estaban traspasados de dolor.

Después de esto José de Barimacia [o Arimatea], que era un santo hombre y amigo de Jesús Cristo, viendo que estaba muerto, fue secretamente y con gran audacia y sin ninguna duda a pedir el cuerpo precioso de Jesús Cristo a Pilato, para que se lo diese. Y cuando estuvo delante de Pilato, le dijo: “Señor, yo he hecho en este mundo bastantes cosas por vos y por eso os ruego encarecidamente que en remuneración de todos estos servicios que os he hecho, me queráis dar el cuerpo de Jesús Cristo, que yo lo pienso enterrar, pues tengo un sepulcro muy precioso; y ya que ha tenido tan terrible y tan dolorosa muerte, conviene que tenga una sepultura honorable. Por eso os ruego que me concedáis esta gracia”. Pilato dudaba que estuviese ya muerto y pensaba que si él, que podía resucitar muertos y sanaba ciegos y hacía otros milagros muy grandes, descendiese de la cruz y se vengaría de sus enemigos. Y Pilato dijo a José de Barimacia: “¿No ha venido para vengarse de sus enemigos?”. “No -dijo José-, sino para perdonar y salvar a los creyentes y obedientes a él”. “Yo no te creo -dijo Pilato- y por eso yo me quiero certificar en primer lugar”. Y Pilato se puso en camino para ver si había muerto y se encontró en el camino al centurión llorando. Y le preguntó si Jesús Cristo había

muerto, y le dijo que sí. “Entonces ¿por qué lloras?”, le dijo Pilato. “Por eso -dijo él-, porque yo he hecho tan gran mal contra Jesús Cristo: sin causa y sin razón lo he ejecutado por seguir tus órdenes. ¿Qué será de mí y de vos? Nada podremos decir ante Dios todopoderoso, sino que fue por miedo a fin de que los judíos no escribiesen al Emperador contra vos para que no te privase ni de tu oficio ni de tu presidencia, porque lo condenasteis injustamente y lo entregaste a las manos de los judíos para que lo crucificasen”.

Cuando Pilato oyó estas palabras, empezó a llorar y le dijo a José de Barimacia: “Te doy permiso para que lo descendas de la cruz y lo entierres. Si puedo encontrar alguien que te ayude, te enviaré caballeros que te ayuden a hacerle todo el honor que puedan”. “Yo -dijo José- no necesito de vuestra gente”. Y añadió: “Gran mérito tendrían si pudieran consolar a la Virgen María que se deja morir junto a la cruz”. Entonces la fueron a consolar y confortar. Y llevaron dos sábanas nuevas y blancas, que eran más nuevas y más caras que la tela de Rems <sup>45</sup>.

Entonces lo descendieron y lo pusieron sobre una tabla nueva, que no había jamás servido para ninguna cosa; y sobre aquella tabla lo ungieron con un unguento muy precioso y muy oloroso. Ahora, bona gent, pensad cómo la bendita Virgen María besaba y abrazaba muy dolorosamente todo el cuerpo de su bendito hijo que estaba sobre aquella tabla y ¡qué compasión era la suya y qué complacencia!. Y le besaba primeramente en la boca, diciendo: “¡Oh boca bendita que das sabiduría a los ángeles!”. Después besaba los ojos, diciendo: “¡Oh ojos preciosos que ofrecéis claridad a todos aquellos del Paraíso!”. Después besaba la cara, diciendo: “¡Oh cara bendita, sagrada y preciosa que dais gloria a los ángeles!”. Después besaba las manos, diciendo: “¡Oh manos virtuosas que habéis formado cielo y tierra!”. Después besaba los pies, diciendo: “¡Oh pies benditos que sostenéis e ilumináis todo el mundo!”. Y cuando decía estas palabras, la Virgen María no se podía saciar de besar las llagas benditas. Y la buena señora encontraba tanta dulzura y sabor al besar aquellas santas llagas que la lengua, metida dentro de las llagas, la untaba

---

<sup>45</sup> Tela de Rems (tela de Reims): tela muy fina y delicada como el lino.

toda de sangre. Y después le besaba aquella gran llaga del costado, diciendo: “¡Oh puerta del Paraíso! venid, cristianos, que la puerta del Paraíso está abierta”.

Y en diciendo estas palabras, ungieron y embalsamaron su precioso cuerpo. Lo cogieron y lo llevaron muy honorablemente al huerto donde estaba el sepulcro. Y así como lo llevaban, cantaban aquel salmo de David: “*In exitu Israel de Egipto, etc* [saliendo Israel de Egipto..., Sal. 63, 1]”. Aquella procesión era pequeña, pero muy grande en cuanto a la dignidad de la Virgen María; era pobre y pequeña de gente, pero muy rica y ancha, y la mayor que se ha hecho en el mundo, a pesar de que las devotas y santas personas no eran sino algunas doce. Y cuando llegaron al huerto, fueron a llevar el cuerpo de Jesús Cristo adentro del sepulcro, envuelto en aquellas sábanas tan delicadas. Y el dolor y la angustia de su bendita madre era tan grande que apenas la pudieron sostener para que no se metiese dentro del sepulcro con su bendito hijo, además de que no dejaba cerrar el monumento. Ella les decía: “Dejadme estar aquí con él, porque yo sé que así está la divinidad con la humanidad, y con esto estoy bastante consolada”. Y cada cual le rogaba que se volviese a la casa y que dejase cerrar el monumento. Ella les decía: “Os ruego que, pues no me dejáis entrar con él, dejadme así estar con él afuera”. Y Santa María Magdalena le decía: “¡Oh Virgen bendita!, por favor volved a casa que la gente de Pilato y de aquellos príncipes vendrán para custodiar el sepulcro. Así que volvamos a Jerusalén, porque si Dios quiere, el domingo lo veremos resucitado”. Y la Virgen María con esta consolación, con San Juan y con la demás compañía se volvieron a Jerusalén. La gente que los veían pasar por la calle, decían: “Esta es la madre de aquel que han crucificado. ¡Oh, qué lástima!, tan gran dolor ha tenido y ahora camina sola y cuando su hijo estaba vivo caminaba con una bella compañía por su amor”. Y la Virgen María escuchando estas palabras, no dejaba de llorar. Santa María Magdalena le decía que no respondiera nada. Y de esta manera llegaron a la casa de Santa María Magdalena.

Y así como ella entró en la casa, vio la mesa toda preparada, la cual había hecho preparar para su hijo y para los apóstoles, y se puso a gritar llorando y diciendo: “Yo no comeré ninguna cosa hasta que no coma con mi hijo”. Aquella mesa bien se podía

llamar mesa del dolor y de la tristeza. San Juan y Santa María Magdalena la apartaron de allí, y porque estaba muerta y fuera de dolor, la confortaban y la consolaban diciendo: “No habéis de tener tanta tribulación, porque jamás tendréis más dolor ni tristeza como la de vuestro hijo que ha pasado todos los males y vituperios de este mundo y que jamás pasará, ya que resucitará el domingo y la mesa que tenemos preparada será para el domingo; así que por favor tened un poco de paciencia”. Y con estas palabras la Virgen María se consolaba toda ella y se contenía a sí misma. Y la Virgen María dijo: “Verdaderamente yo no comeré hasta el domingo con mi hijo”. Y con esta esperanza estaría esperando el domingo, porque ella sabía que su bendito hijo debía de resucitar de entre los muertos al tercer día; ella estaría muerta de dolor y asimismo ella esperaba que con él vendría la salvación para todo el mundo y de todo el humano linaje. Y cuando gran dolor le venía por su tan pronta muerte, recordaba la resurrección y la salvación que la consolaban toda, pues tenía la certeza de que él debía resucitar. Y así se cumplió la profecía de Isaías que dice [11,10]: “*In die illa erit radix Jesse et erit sepulcrum ejus gloriosum* [en aquel día la raíz de Jesse se alzarán de su sepulcro glorioso]”; que quiere decir que en aquel día, esto es en el día de su Pasión, será la raíz de Jesse, esto es de Nuestro Señor Dios y hombre, y que aquel sepulcro será muy maravilloso y glorioso.

Ved pues como era necesario y conveniente que Nuestro Señor Dios Jesús Cristo muriera de esta manera. Y por eso dice el tema: “*Expedit unum hominem mori pro populo* [es mejor que un solo hombre muera por el pueblo, Jn 18,14]”. Un hombre, dice, esto es por singularidad, porque jamás no fue ni será otro hombre igual y singular en excelencia como Jesús Cristo, nuestro Redentor.

*Finitur sermo* [se acabó el sermón]. Plazca a Nuestro Señor que tengamos esta Pasión firme en nuestros corazones, de tal manera que tengamos la virtud y la eficacia que nos hagan hacer obras por las cuales él nos vuelva a dar de su gracia y de su gloria. Amén.

*Ad quam gloriam nos perducatur ille Dei filius qui cum Patre et Spiritu Sancto vivit et regnat per infinita saecula. Amen. Deo gracias.* [A tal gloria nos conduzca el Dios Hijo que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los infinitos siglos. Amén. A Dios gracias].

*Explicit sermo magistri Vincentii. Deo Gracias* [Se terminó el sermón del Maestro Vicente. A Dios gracias]